



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 26 — Madrid 15 de Septiembre de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por R. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *Entrada del nuevo Obispo de Madrid-Alcalá en su capital diocesana*, por D. M. Pérez Villamil. — *Nuestra Señora de las Mercedes* (continuación), por D. B. P. — *El caballo*, por D. Teodoro Peña Fernández. — *Si yo tuviera Madre...* (continuación), por Fr. Conrado Muñoz Sáenz. — *Los últimos bohemios*, por D. Valentin Gómez. — *Producción y consumo del papel*. — *Conocimientos útiles*.
GRABADOS. — *Emmo. Sr. D. Cayetano Alimonda*. — *Salida de Sofía del Príncipe Alejandro después de su abdicación*. — *Entrada del nuevo Obispo de Madrid-Alcalá en su capital diocesana*. — *El buen cazador*.

LA DECENA

Eo vi prego, lettori diletissimi...
¡Ah! Perdónenme ustedes si, dejándome arrastrar del torbellino italianófilo que se ha desencadenado días pasados sobre esta capital, he principiado mi revista en el idioma de las *cabaletas* y de los *Cavallotti*.

Ya se ve, por espacio de una semana no se ha hablado en Madrid más que de los italianos, no se ha comido más que con los italianos, no se han ocupado los periódicos más que en descripciones de fiestas, *juergas* y espectáculos para los italianos... ¿Qué tiene de extraño, cuando parece que Italia y España se han confundido en un abrazo fraternal y se han fundido en un pensamiento común y se han refundido en una sola nacionalidad; qué tiene de extraño, repito, que se olvide uno, hablando ó escribiendo, de su idioma nativo y eche mano de la lengua adoptiva? Al fin y al cabo, por lo que se infiere de los brindis de los banquetes, ambas lenguas se han reducido á una, bien al revés de lo que sucedió en la torre de Babel y de lo que sucede hoy en las fondas, donde de una lengua se hacen dos lenguas, por poco versado que esté el cocinero en la lengua del Dante y en la lengua de vaca.

En fin, los periodistas italianos, para honrar sin duda á los periodistas españoles, se han ido *haciendo lenguas* de la franca y suculenta hospitalidad que aquí se les ha dispensado y para la cual, según ellos mismos decían, no venían preparados.

Parece que se ha convenido, de sobremesa, en que la visita de los periodistas italianos debe ser fecunda en trascendentes resultados para el porvenir de la raza latina, por más que haya sido algún tanto desastrosa para el presente de la raza bovina, sacrificada sin piedad en aras de la glotonería.

No sé si he leído en algún diario ó he oído en alguna parte que uno de los expedicionarios de Italia, aficionado á estudiar nuestras costumbres, ha podido conocer prácticamente el tipo tan popular del *timador*. Al salir de una de las recepciones con que han sido obsequiados, hizo conocimiento y trabó conversación con

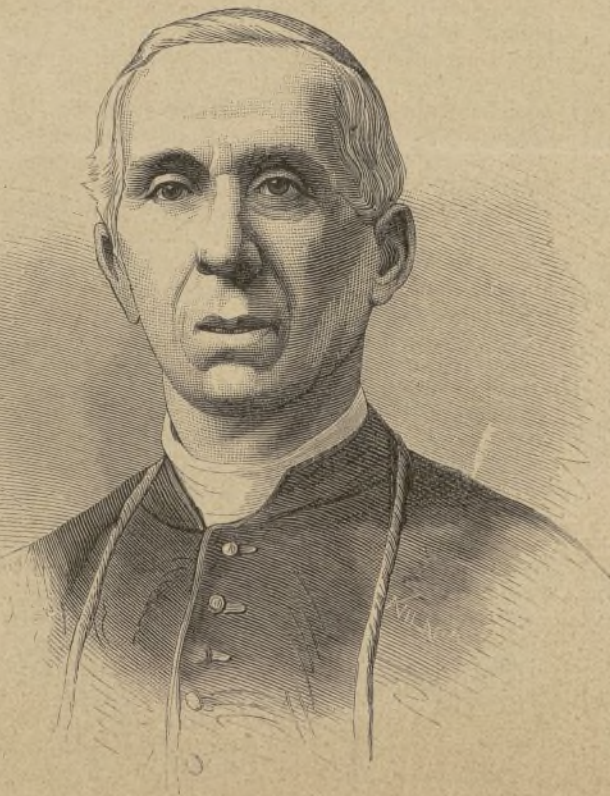
dos ejemplares de la especie, de quienes se separó á los pocos minutos encantado de su franco carácter y amable plática. Cuando se reunió con sus compañeros, decían éstos: «*Comme la notte e bella!* ¡Qué delicioso país! ¡Qué pueblo tan galante! ¡Qué trato tan fino! Aquí no se echa nada de menos.»
— ¡*Per Bacco!* Yo sí echo algo de menos — dijo el rezagado.

¿Qué era lo que echaba de menos? No seguramente las aguas cenagosas del Tíber, ni las lagunas Pontinas, ni *l'aria cattiva* de la campiña de Roma: lo que echaba de menos eran algunos cientos de *liras* contenidas en una cartera que, *qual piuma al vento*, se había evaporado del bolsillo durante el coloquio con los timadores.

Al saber el caso los coterráneos del *timado*, debieron comprender los inconvenientes de detenerse en la vía pública al tropezar con esa clase de personas... *Non ragionar di lor, ma guarda e passa.*

Una lira me haría al caso en este momento; no una lira de las que en moneda italiana equivalen á nuestra peseta, sino una lira de las que se pulsaban en otras edades para cantar los poemas épicos.

Si me preguntan ustedes para qué quería yo este músico artefacto, se lo diré. Y aunque no me lo pregunten ustedes, se lo diré del mismo modo.



EMINENTÍSIMO SEÑOR DON CAYETANO ALIMONDA,
Cardenal de Santa Balbina, Arzobispo de Turin.

Ayuntamiento de Madrid

Necesitaría la lira de Homero (por supuesto, á calidad de devolución) para cantar los rudos combates y las heroicas hazañas de los jóvenes desarraigados de las Peñuelas y de los imberbes pilluelos de las Delicias, que, convertidos en tirus y troyanos, hacen estremecer los aires con sus cantos guerreros, oscurecen la luz del sol con sus cantos de piedra, y renuevan en este momento histórico los olvidados hechos de los honderos mallorquines.

Hay algo de salvaje grandeza en esas batallas primitivas, libradas á las puertas mismas de la capital de un pueblo civilizado, á las barbas de las autoridades de la primera población de España, á despecho de la Guardia civil y de los agentes de seguridad pública, y por encima de las leyes y de las ordenanzas de policía.

Hay algo de bárbara sublimidad y de viril africanismo en esas manifestaciones de bélico ardimiento, en ese instintivo deseo de pelea, y de sangre, y de exterminio que se agita en los inocentes corazones de esos muchachos que, sin saber leer ni escribir, como los héroes de la Iliada, sueltan una pedrada al lucero del alba, y sin conocer los rudimentos de la doctrina cristiana, se santiguan con sendos guijarros y se descalabran con el más fraternal cariño, exentos de todo sentimiento de odio ó de venganza.

Se baten por el solo deseo de batirse, se hieren por el gusto de herirse, y si pueden, se matan por el placer de matarse.

Tan lejos está de sus almas (porque las tienen, según todos los indicios) el encono personal que, cuando llega el caso, los dos bandos beligerantes se unen contra el enemigo común, como ha sucedido hace pocos días al querer imponerse á ellos una persona muy conocida de esta Corte, que tuvo que retirarse del campo de batalla herida y magullada por las descargas del ejército coligado.

Yo bien sé que no faltan espíritus pusilánimes y gentes pesimistas que toman ocasión de estos hechos para prorrumpir en estériles lamentaciones en nombre de la cultura, de la humanidad, del respeto á las leyes, de la decencia pública, del principio de autoridad y de otras vulgares zarandajas que todos tenemos olvidadas de puro sabidas. Yo no voy tan lejos (sobre todo, al paseo de las Delicias); yo creo que no se debe juzgar á un pueblo por esta clase de desmanes, que si ocurren este año, como ocurrieron el pasado y como ocurrirán, Dios mediante, el venidero, es porque *pueden ocurrir*; y desde el momento en que *pueden ocurrir* tales actos en una población culta, desde el momento en que *es posible* que se organicen pedreas en que toman parte veinte, cuarenta, sesenta individuos y que duren horas enteras; desde el momento en que al pasar cerca del campo de batalla pueden decir los vecinos de aquellos barrios: «Ya empiezan las pedreas de todos los años»; desde el momento en que...

¡Bah! ya he perdido el hilo de mi discurso y no sé qué es lo que me proponía decir...

Tal vez quise exponer mi opinión de que á un pueblo en donde pasan estas cosas no se le debe juzgar como le juzgan los hombres rigoristas... Pero bien, algo más querría yo decir para concluir mi razonamiento... ¿Por qué no se debe juzgar á ese pueblo?

Pues señor, no lo sé; será porque está ya juzgado... Y si no es por eso, será por otra cosa. Y vamos á otra cosa.

**

Por mejor decir, no vamos á otra cosa, sino que nos quedamos en la misma.

Aunque salimos de Madrid y de las Peñuelas, no salimos de pedreas y de apedreadores.

He leído en varios periódicos que en varios días y en varios puntos y por varios grupos han sido apedreados varios trenes, resultando de éstos varios atentados salvajes, varios heridos y contusos varios.

Ya ven ustedes qué poca variedad hay en estas varias noticias. En esto de cultura y progreso moral, puede decirse que en todas partes cuecen habas.

**

Tengo una noticia de sensación, y me falta tiempo para comunicarla á mis lectores... ¡Cuán cierto es aquel refrán que dice: «No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague»!

He pasado, en compañía de Roque, por la calle Mayor... Ibamos por la acera de la izquierda, saliendo de la Puerta del Sol... No hay en esta circunstancia ningún misterio: es porque á aquella hora había sombra en dicha acera. Ibamos andando, andando... Y esta es la ocasión de decir que caminábamos á pie; por eso íbamos andando, andando.

No recuerdo en qué iba yo pensando durante el camino, pero si pensaba en algo, debió distraerme de mis pensamientos un brusco movimiento de Roque (en cuyo brazo iba yo apoyado, como de costumbre) al cambiar de dirección para pasar á la otra acera.

— ¿Qué idea te ha dado — le pregunté con mal humor — de llevarme por el sol?

— Vea usted — me contestó indicándome con un gesto la acera que acabábamos de abandonar — están revocando la fachada del Gobierno civil.

No puedo pintar la sorpresa que me produjo esta noticia, disparada por mi criado á quemarropa. Diré más: creo que tras de la sorpresa experimenté cierto movimiento de contrariedad. Son ya tan pocos los edificios viejos, sucios, descascarados y sombríos que quedan en Madrid, que había llegado á hacerme la ilusión de que éste se conservaba adrede en su estado de laceria para que sirviese de término de comparación entre lo que pudo ser Madrid hace trescientos años y lo que es hoy, en vísperas de llegar al límite posible de que nos hablaba aquel bando municipal que nadie cumple.

Lo cierto es que la fachada del Gobierno de provincia se está restaurando, y después de ver esto, ya no dudo de nada. Al paso que vamos, el día menos pensado, amanecemos con policía urbana.

**

También se ha restaurado, según parece, artísticamente hablando, el teatro Español.

Ya comprenderán ustedes que me refiero al teatro-edificio, no al teatro-literatura, que por lo que á éste hace, no han nacido los arquitectos que han de restaurarle, según todas las trazas.

La reforma interna del teatro que en otros tiempos se llamó del Príncipe, consiste hasta ahora (y no es poco) en reunir bajo sus bambalinas á los dos primeros actores Vico y Calvo. Es de suponer que sobre esta base se organizará un cuadro de compañía digno del coliseo que aspira á ser la representación genuina del teatro nacional. Así los autores dramáticos no tendrán pretexto para decir que no escriben porque no hay quien represente sus obras.

**

El acontecimiento más importante de la decena ha sido la toma de posesión del nuevo Obispo de la Diócesis de Madrid-Alcalá, Ilmo. Sr. D. Ciriaco Sancha, quien hizo su entrada solemne en Madrid el día 8, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, á las cuatro y media de la tarde.

El insigne Prelado ha recibido ostensibles y cariñosas pruebas del amor de sus diocesanos y de lo mucho que de sus esclarecidas virtudes y relevantes prendas de carácter esperan cuantos se interesan por el esplendor de la religión católica, por el afianzamiento de la disciplina y por el bien espiritual de las ovejas encomendadas á tan celoso Pastor.

¡Sea bienvenido entre nosotros, y quiera Dios

apartar de su camino, harto difícil y escabroso para un espíritu menos esforzado y resuelto que el suyo, las punzantes espinas y ásperos guijarros donde todavía brilla, orlada por el nimbo divino de los mártires, la sangre bendita del primer Prelado de esta Diócesis!

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



Los sucesos de Bulgaria siguen preocupando la atención de Europa cada vez más. Asunto este de gran interés para las naciones que hoy llevan la suprema dirección de las cuestiones internacionales, se agita en las cortes de las mismas y se le mira desde todos los Gabinetes de las grandes potencias con inquietud y sobresalto. Esa insignificante nacionalidad recientemente arrancada de manos de Turquía, próxima á caer en las de Rusia, ha puesto de manifiesto los ocultos móviles de esta última nación y juega hoy un papel tan interesante y tan digno de lástima como en otro tiempo la infeliz Polonia. Nada puede decirse aún del día de mañana, pero vista ya la actitud de las naciones más interesadas en la suerte de Bulgaria, ante la decisión y persistencia de sus enemigos y la indeterminada y vacilante conducta de los amigos, empiezan á señalarse los contornos de esa triste figura que se llama razón del más fuerte.

El príncipe Alejandro hizo concebir muchas esperanzas á otra nación que no suele equivocarse en sus calculos, como lo tiene demostrado, y la verdad es que conocida la historia de aquel príncipe y dadas las simpatías de su pueblo por su restauración una vez destronado, la Europa esperaba más de Alejandro, pero éste también esperaba más de la Europa sin género de duda. La oposición del czar de las Rusias, ¿no es bastante para detener los proyectos del jefe de un estado nacido ayer y en cuyo seno germinan heterogéneos elementos, siendo uno de ellos precisamente el slavo? Y si el príncipe de Bulgaria ve enfrente de sí una tenaz resistencia, á su pueblo débil y pequeño y á su espalda ningún apoyo, ¿cómo ha de resistir á la poderosa Rusia? Su abdicación, pues, aun después del triunfo de la contrarrevolución y del entusiasmo de su pueblo, del cual no obstante habría que descontar algo como el recibimiento de Filipópolis y el atentado contra su vida, la creemos muy justificada, más aun, generosa y digna. Pero antes de nada relataremos sumariamente los acontecimientos para que el lector que siga el desenvolvimiento natural de los hechos ocurridos en Bulgaria pueda juzgar por sí mismo.

Dejamos al príncipe Alejandro dirigiéndose á Sofía entre las aclamaciones del pueblo, á su tránsito por las principales ciudades. Parece que entre Karaveloff, presidente del Gobierno provisional de Sofía, antes de la llegada del príncipe, y Stambauloff, que se puso al frente de otra junta, surgieron diferencias acerca de la mayor ó menor transigencia política, lo que amenazaba una división en los partidos, que evitó la presencia del soberano. El príncipe á su llegada á Sofía mandó poner en libertad á los jefes que habían dirigido la conspiración. La guerra civil se ha creído en algún momento inevitable por los manejos de Rusia, que no podría conformarse con la reposición del monarca por sus sugerencias destronado, pero después se ha visto que esta potencia ha adoptado el camino más derecho descubriendo del todo, sin ningún género de pudor, sus intenciones al contestar á un respetuoso y humilde telegrama del príncipe de Bulgaria.

Este, por su parte, ha medido todo el alcance de la contestación y ha visto detrás de su resistencia la invasión y la ruina que habría de sufrir el país que le aclamaba de oponerse á los decretos de Rusia. Abdicó, pues le era forzoso, si no quería ver á la nación que regía envuelta en los horrores de una ocupación á viva fuerza. No se trataba, pues, de probar el valor de este soberano, sino de ver su prudencia y tacto, y creyendo servir mejor á su pueblo abdica, por lo cual decimos nosotros que ha sido su conducta generosa, pues pudiendo, al menos por el pronto, oponerse á Rusia y conquistar algunos laureles, como valiente campeón, á que indudablemente le inclinaria su carácter (y quién sabe, adoptada esta actitud en una guerra que se hubiera generalizado, cuál hubiera sido el resultado final de la lucha), ha preferido, siendo esforzado y aventurero, resignarse al papel de príncipe proscripto antes que comprometer á Bulgaria en una guerra de desenlace imprevisible.

Ha abdicado pues, y embarcándose en Lompalanka deja á su nación tranquila, y confiado en sus destinos se retira de los pueblos que regía por no

ensangrentar su suelo, siendo á su paso por la capital de Austria objeto de una verdadera ovación, en que el sentimiento público, al mismo tiempo que ha dado un testimonio de afecto al príncipe, ha dado también una muestra de reprobación contra los Gobiernos de Berlín y San Petersburgo.

Rusia ha dicho que respetará la independencia, la libertad y los derechos de Bulgaria, y que su oposición á Alejandro ha consistido en que éste se había abandonado en brazos de la Inglaterra, cosa que no tiene nada de extraño conociendo cuán poderosa era la influencia de Rusia que no ha podido ocultarse al soberano de Bulgaria.

Antes de salir éste de Sofía, licenció á los regimientos que habían tomado parte en la conjuración que le arrojó del trono.

Alemania, por no enemistarse con Rusia, nada ha hecho en favor de Alejandro de Battemberg, é Inglaterra, la más interesada en esta cuestión, se contenta por ahora con discutir en las Cámaras si ha obrado ó no Rusia con arreglo á los tratados, atribuyéndose gran importancia á las declaraciones del Subsecretario de la de los Comunes, lord Per-gusson, favorables á Bulgaria, manifestando que Inglaterra obrará de acuerdo con las demás potencias. Su discurso ha sido muy aplaudido, sobre todo cuando dió el nombre de traición á los sucesos de Sofía.

Por su parte, Turquía contestó que aceptaba los hechos consumados y añadió que no intervendrá militarmente si la Bulgaria y la Rumelia no salen del camino de la legalidad.

Un periódico inglés ha afirmado que en la entrevista celebrada en Berlín por el príncipe de Bismarck con el ministro ruso Sr. Giers, se llegó á un acuerdo valedero por dos años sobre la política que Rusia y Alemania deben seguir en la cuestión de los Balcanes.

Y otros preguntan si Austria permanecerá indiferente ante los proyectos de los rusos en los Balcanes.

Los demás periódicos londonenses se muestran muy pesimistas, creyendo que la salida de Bulgaria del príncipe Alejandro es la señal de gravísimos acontecimientos.

Según nos dice el telégrafo, el Gobierno inglés conservará una actitud expectante hasta ver el resultado de las sesiones de la Asamblea nacional búlgara, que se reunirá para proceder á la designación del nuevo príncipe.

Se teme que esto dé lugar á intrigas por parte de los rusos, cuyos partidarios en Bulgaria, á pesar de estar en minoría, se muestran muy envalentonados.

La reelección del príncipe Alejandro se considera de todo punto imposible.

Tales son las desconfianzas que inspira la conducta del Gobierno de San Petersburgo en Bulgaria, que el *Daily-News* manifiesta que no sería extraño que Inglaterra ocupase la isla de Creta para contrarrestar los progresos de los rusos en la península de los Balcanes.

Como quiera que sea, la cuestión de Oriente ofrece un nuevo y temeroso aspecto. Rusia conserva su puesto marchando á impulso de un gran resorte; las demás potencias han variado, ó por lo menos hoy por hoy no adoptan una actitud decisiva. Cuál será el resultado de los planes del Imperio moscovita y del anhelado ideal de la raza slava que aspira á una dominación tan grande, ó más aun, cómo la tuvo la latina, es imposible de prever y sólo los acontecimientos pueden satisfacer la curiosidad expectante hoy de Europa.

Aunque los periódicos franceses dicen que en los círculos políticos no se atribuye importancia al lenguaje de la prensa alemana contra Francia, lo cierto es que la rivalidad entre estas naciones está dando pruebas de no haberse extinguido. En las fronteras de Francia se adoptan energías medidas en vista de la presencia de extranjeros sospechosos, al parecer oficiales alemanes encargados de levantar planos. En Belfort se sigue una información que parece demostrar la existencia de espías alemanes, y un coronel alemán fué preso por tomar croquis de las fortificaciones francesas.

Por otra parte, el viaje del general Boulanger á las plazas fronterizas de Alemania despierta las mismas sospechas en esta nación que despertó en Italia el proyecto del primero.

Lo cierto es que el órgano del príncipe de Bismarck ha dicho:

«Nuestros armamentos son impuestos por Francia.

» Los franceses aumentan continuamente sus fuerzas militares.

"Todos los periódicos franceses dan pruebas de la rapidez con que se aumentan las fuerzas militares de Francia y de los sacrificios pecuniarios que se hacen en dicho país para que su ejército sea más capaz de sostener una guerra."

Es curioso el debate provocado en la Cámara de los Comunes sobre la marina inglesa comparada con las extranjeras, cuyas notas telegráficas transcribimos.

El diputado Reed sostuvo que reunidas las armadas de varias potencias europeas, puede resultar una fuerza superior a la escuadra inglesa.

Habló también de los progresos que han hecho las fuerzas navales rusas, é indicó la necesidad de que se dé mayor impulso al fomento de la marina inglesa.

El Sr. Durff sostuvo que se habían exagerado las cifras relativas a las fuerzas de las escuadras extranjeras, y que por lo tanto, la comparación que se hacía entre éstas y la inglesa, no era exacta.

Algunos periódicos sostienen, sin embargo, la necesidad de dar mayor impulso a las construcciones navales, para que Inglaterra no pueda perder nunca su preponderancia marítima.

El primer ministro inglés y el marqués de Hartington se han puesto de acuerdo para combatir los proyectos de Parnel sobre la cuestión de Irlanda. Acerca de ésta aun hay que lamentar los desórdenes de Belfast, que no se apaciguan, dejando de cuando en cuando ver los chispazos de un odio recrudescido.

El Congreso católico de Breslau, según nos anuncian, piensa dirigir una exposición al Gobierno de Alemania pidiendo la vuelta de los jesuitas y de todas las congregaciones religiosas abolidas allí.

También nos anuncia el telégrafo haberse firmado un tratado de comercio entre esta última nación y nuestra patria.

R.

CARTA DE ROMA

Roma 8 de Septiembre de 1886.



CON los periodistas italianos parece haberse trasladado a España también la fábrica de noticias: nada absolutamente ha ocurrido en la última decena que merezca ocupar la atención. Para convencerse de ello basta pasar la vista por los periódicos de aquí, cuyo interés principalísimo se cifra ahora en dar largas reseñas de los festejos con que en Barcelona y en Madrid han sido obsequiados los representantes de la prensa italiana. Las descripciones vienen muy entusiastas; pero, francamente, por el cariño que tengo a mi patria, espero resulten algún tanto exageradas; pues a no estar de parte de los corresponsales de ahí la exageración, y por cierto bien marcada, sería culpa de los españoles que no se habrían fijado bastante en la clase de personas a que dispensaban tan cariñosa y cordial acogida. Está bien que se estrechen los lazos entre los pueblos de la misma raza; pero hay que tener mucho cuidado en que esto no se verifique en interés de fines políticos, y a costa de las buenas relaciones con los representantes de otra raza más fuerte y potente.

Las excavaciones que se siguen practicando en el sitio llamado *La Marmorata*, ocasionaron hace días el hallazgo de un cadáver, que, según noticias locales y recuerdos de familia, fué reconocido por el de Cesare Locatelli, quien en 1864 fué condenado a la pena capital, ejecutándose la sentencia por disposición del Gobierno pontificio. Con decir que la condena del Locatelli castigaba a un notísimo masón, quien había arrojado un petardo en la plaza del Popolo cuando más concurrida estaba por la asistencia a la Girandola, y, no contento con ello, había matado en la misma plaza del Popolo a un gendarme pontificio (guardia civil), quien en cumplimiento de su deber quería llevarle al Juzgado de prevención, se dice lo bastante para hacer comprender que pocas sentencias capitales fueron ejecutadas con mayor justicia y razón. Sin embargo, Locatelli era masón; como tal, hubo de conspirar contra su legítimo Soberano, adhiriéndose por eso mismo al titulado reino de Italia. Con tal recuerdo, los patriotas de aquí resolvieron inmediatamente honrar la memoria, ó mejor dicho, el triángulo de su antiguo hermano, remitiéndose para los detalles a lo que tuviera a bien la asociación *Giuditta Tavasci*, y, porque nada parece ser tan grato a los liberales como una ocasión cualquiera de lastimar y herir al Pontificado, ya tenían resuelto verificar la

ruidosa conducción del cadáver de Locatelli al cementerio del Campo Verano en el próximo día 20 de Septiembre, que es el aniversario de la caída del gobierno temporal del Papa. La circunstancia del día y las pasiones desenfrenadas de los que iban a tomar parte en la demostración por Locatelli, debían llamar la atención del Gobierno de Italia y hacerle comprender lo fácil y peligroso que era extralimitasen los oradores en los discursos que, según acuerdo, debían echarse en el día más nefasto para los católicos; parecía, sin embargo, que así no lo comprendían las autoridades de Roma, y hubo necesidad de llamar la atención del Sr. Ministro de Negocios extranjeros, mediando buenos oficios por parte de Alemania y de Austria; á consecuencia de éstos, el cadáver de Locatelli fué mandado sepultar hace tres noches, sin ningún género de solemnidad y sin previo aviso a los hermanos; cuando, el día después, tuvieron noticia de lo ocurrido, no ocultaron el propósito de pedir venganza al Gobierno, ó de preparar otra demostración capaz de acarrearle aún mayores disgustos; pero por de pronto, bien podemos felicitarnos de que se hayan inutilizado descomunales esfuerzos contra el respeto debido a la autoridad del Papa.

El tribuno Coccapiellez, que fué elegido diputado al Parlamento italiano, estando preso en las *Carceri Nuove*, en virtud de su nombramiento recobró la libertad; las autoridades querían evitar manifestaciones en su favor, pero no ha sido posible, aunque por esta vez el pueblo de Roma no se ha extralimitado; ahora el tribuno se ha marchado a Civitavecchia, y por eso están suspendidas las citas que los fanáticos se daban cada día al *Vicolo dei Greci*, en donde habita Coccapiellez.

J. M.

LOS GRABADOS

EMMO. SR. D. CAYETANO ALIMONDA,

Cardenal de Santa Balbina. Arzobispo de Turin.

Es este ilustre purpurado uno de los miembros más esclarecidos con que hoy cuenta el Sacro Colegio. Como literato y filósofo goza de merecida reputación, la cual se ha acrecentado con las *Conferencias* predicadas en estos últimos años, traducidas a todas las lenguas cultas.

Nació el Cardenal Alimonda en Génova el 23 de Octubre de 1818. En sus estudios, en los cargos que desempeñó, en sus escritos se dio á conocer siempre como sacerdote celoso y sapientísimo.

Fué creado Cardenal el 12 de Mayo de 1879. Perteneció al Orden de los Presbíteros y en la actualidad ocupa la silla metropolitana de Turin.

A pesar de sus 68 años promete larga vida para provecho y gloria de la Iglesia.

SALIDA DE SOFÍA DEL PRÍNCIPE ALEJANDRO DESPUÉS DE SU ABDICACIÓN.

(Véase la Crónica universal.)

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO DE MADRID-ALCALÁ EN SU CAPITAL DIOCESANA EL DÍA 8 DE LOS CORRIENTES.

(Véase el artículo de la pág. 303.)

EL BUEN CAZADOR.

Acuarela de M. Gerard.

M. Gerard es un hábil pintor de pájaros. Dedicado constantemente a la observación de la vida campestre, le son familiares los asuntos de este género, en los que sabe reproducir las escenas más sencillas con una verdad encantadora. Sus acuarelas de pájaros han llegado a tomar alto precio y se estiman tanto, que en publicaciones ilustradas vuelan sus pájaros como en los campos donde los ha sorprendido el pintor. Claro está que en este género no se han de buscar las sublimes emociones de los cuadros de historia; es el género frívolo y ligero que responde a los gustos de esta época. Así y todo, ojalá que los pintores no explotasen otros gustos peores, y que como M. Gerard, se dedicasen a reproducir las costumbres de los pájaros y los cuadros inocentes de la naturaleza.

Para que nuestros lectores aprecien este género que Gacemelli y Gerard han puesto de moda, reproducimos una acuarela de este último autor.

El grabado está hecho de modo que puede servir para ejercicio de dibujo a las personas que tienen afición a la pintura y están en el período de aprendizaje.

ENTRADA DEL NUEVO OBISPO DE MADRID-ALCALÁ EN SU CAPITAL DIOCESANA.



CUANDO hace un año triste es pensarlo! hizo su entrada en Madrid el primer Obispo de esta diócesis, el pueblo madrileño tan minado y combatido por la prensa

impía y por los malos ejemplos, dió solemne y espléndido testimonio de su fe católica acudiendo, bien puede decirse que en masa, a cubrir la carrera que había de seguir su primer Obispo al dirigirse a la catedral de San Isidro. ¡Hermoso espectáculo que no olvidaremos nunca fué aquél en que se veían agrupadas todas las clases sociales para rendir homenaje de veneración a un Obispo que iba a inaugurar la dinastía de los Prelados madrileños; espontánea manifestación de la piedad, en que no tenían intervención alguna los sentimientos y compromisos de la vida social, donde sólo y exclusivamente resplandecía la fe religiosa de un pueblo, harto trabado por todas las armas de la impiedad modernal

¡Quién nos había de decir que aquel Prelado tan solemnemente recibido por su pueblo, tan tiernamente felicitado, tan virtuoso y tan sabio había de regar con su sangre las losas de la nueva catedral y ser mártir de su apostolado y víctima ofrecida por la salvación de su clero! Dios lo ha permitido y debemos acatar los designios de la Providencia, la cual, aun no bien cerrada la sepultura de aquel Obispo mártir, nos depara un digno sucesor suyo en el excelentísimo y Rmo. Sr. D. Ciriaco Sancha, de quien podemos decir que ha pasado ya en triste calabozo y acerbísimas persecuciones las pruebas del martirio.

Nacido en Quintana del Pidio, provincia de Burgos, en 1833 (el 31 había nacido su antecesor), cursó los estudios eclesiásticos en el Burgo de Osma, de cuyo seminario fué catedrático algunos años. En 1862 fué a Cuba de secretario del Sr. Arzobispo D. Primo Calvo Lope, y seis años más tarde obtuvo por oposición la penitenciaría de aquella iglesia metropolitana.

A la muerte del Sr. Arzobispo quedó de secretario con el Vicario Capitular Sr. Orberá, actual Obispo de Almería y allí probó con éste las penas de largo martirio, durante el cisma provocado por el Sr. Llorente, que se intrusó en el gobierno y administración del arzobispado, sin título alguno canónico, por el simple nombramiento del Gobierno de D. Amadeo. Diez meses pasaron ambos señores en la prisión del Morro por haber resistido al intruso; diez meses en que estuvo continuamente amenazada su vida, en que carecieron hasta de lo necesario, en que se repitieron para ellos y para los fieles las escenas de las Catacumbas.

Por fin terminó el cisma, y mientras el Sr. Orberá venía a ocupar dignamente la silla de Almería, el Sr. Sancha era nombrado Auxiliar de Toledo, para cuyo cargo fué preconizado en Enero de 1876. Desde esta fecha hasta el año de 1882 permaneció en Madrid, ocupando modestísima vivienda en el convento de los capuchinos, donde vivimos el gusto de tratarle, y pasando desde aquí a la silla de Avila, que ha regido dignísimamente cuatro años. Ya estaba nombrado Arzobispo de Santiago de Galicia, cuando ocurrió la muerte del primer Obispo de Madrid, y por acceder a los deseos de Su Santidad ha renunciado aquel alto lugar para ocupar otro más modesto en la jerarquía eclesiástica, pero más rodeado de dificultades y más expuesto a las glorias de nuevos martirios.

Tal es el Prelado que el día 8 del corriente ha tomado posesión de su silla en la catedral de Madrid.

Si fué concurrida y solemne la entrada del primero, la del segundo ha superado en cuanto cabe a aquella manifestación de la piedad madrileña. Y no se diga ahora, como alguien dijo entonces para atenuar su elocuencia, que el cólera se cernía sobre nuestras cabezas; gracias a Dios, ahora estamos libres de la epidemia que entonces nos aterraba; y sin embargo, la concurrencia ha sido inmensa, las muestras de veneración unánimes, la manifestación religiosa como podía apetecerla el nuevo Pastor al verse por primera vez en medio de sus ovejas.

La ceremonia ha sido con corta diferencia como la del año pasado. El nuevo Obispo recorrió procesionalmente el trayecto que media entre la iglesia del Sacramento y San Isidro por las calles Mayor, Ciudad-Rodrigo, Plaza Mayor y Toledo, penetrando en la catedral por la puerta del centro, por aquella misma puerta donde cayó mortalmente herido el Sr. Martínez Izquierdo.

¡Quiera Dios que la sangre de aquel mártir atraiga sobre su digno sucesor las gracias celestiales para que logre su largo pontificado consolidar la obra por aquél comenzada y dar al pueblo madrileño la paz y la dicha que proporcione el reinado de Cristo!

LA ILUSTRACION CATOLICA felicita respetuosamente a su nuevo prelado, le ofrece el testimonio de su adhesión inquebrantable y se encomienda con fiel amor y veneración a su benevolencia de padre y a su autoridad de maestro.

M. PÉREZ VILLAMIL.

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

IV

BEFUNDADA en la nueva Orden mercenaria la antigua congregación de la Misericordia, desplegó al aire su blanco estandarte y bajo sus inmaculados pliegues cobijáronse desde luego caballeros de toda España, y hasta algunos de Francia, Alemania e Inglaterra; con el mayor ardor abrazaron ese caritativo instituto, que escogió por lema el *Vincula me manent*¹, y por regla la de San Agustín. También varios sacerdotes solicitaron de San Pedro Nolasco entrar en él, lo cual permitió, no obstante que por expreso estatuto los individuos de la Merced debían profesar el ejercicio de las armas, por consejo de San Raimundo de Peñafort, que le manifestó que para la mayor perfección del estado religioso debían ser inseparables los ejercicios de la vida activa y los de la contemplativa, destinándolos al servicio del culto divino.

Distingúanse ambas clases de individuos por el traje. El de los seculares consistía en una túnica de lana blanca á modo de sayo que les llegaba hasta media pierna, con mangas redondas y estrechas; ceñía el sayo una gonela que les llegaba asimismo hasta media pierna, y ésa y aquélla eran sujetas por un talabarte del que pendía la espada abrazando el escapulario. Una capita á manera de ferreruelo llevaban dentro y fuera del convento y en las funciones religiosas la sustituían con un manto talar prendido arriba con cordones. Un casquete cubría su afeitada cabeza, que no tenía más pelo que el que rodeaba sus sienes, dejándose bigote y barba redonda.

El traje de los sacerdotes era sotana de lana blanca con escapulario y capa.

Muchísimas fueron las personas que tomaron el santo hábito mercenario y se prestaron gustosas á servir de *Redentores*, nombre que se daba á los que eran comisionados para redimir á los cautivos que tenían los infieles; siendo en gran número también las poblaciones que á medida que iban sacudiéndose del yugo sarraceno unas, y otras sólo por su espíritu cristiano, les franquearon sus puertas y les proporcionaron recursos con que establecer en ellas conventos de la Orden.

En Gerona, Tarragona, Lérida, Tárrega, Perpiñán, Tortosa, Vich, Castellón, Montblanch, Agramunt, Valencia, Murcia, Prades y más tarde al descubrir el inmortal Colón el Nuevo Mundo en Yucuman, Chile, Perú, Santo Domingo, Guatemala, Panamá, Lima, Méjico, Trujillo, Habana, Veracruz y en otras importantes ciudades, establecieron conventos de dicha Orden. De sólo España diremos que en breve tiempo llegó á contar 34 en la provincia de Aragón, 27 en la de Castilla y 15 en la de Valencia. Había además algunos de los llamados de *la reforma*, pues en 1590 algunos mercenarios se separaron de sus compañeros deseosos de vivir en más estrecha observancia, estableciendo conventos en España y fuera de ella, que se denominaban de mercenarios descalzos.

En 1606 el Papa Paulo V aprobó esa reforma.

Y si en la parte material así tan prodigiosamente se extendía la religión de la Santísima Virgen de las Mercedes, en la parte moral iba también cada día en creciente su fama, aumentando su crédito y llenándose de honra. Y no podía menos de dejar de adquirir la una y el otro, cuando Granada veía libertar por San Pedro Nolasco á más de 400 cautivos, con sólo una vez ir allá; cuando Jaén y Córdoba vieron salir del fondo de lóbregas mazmorras al animoso redentor de la Merced y llevarse tras sí gran número de redimidos; cuando Valencia, Murcia y las Baleares absortas contemplaban el heroísmo y caridad que en los campos de batalla hacían prodigios; cuando Ubeda y Sevilla admiraban su abnegación y sufrimiento para libertar á los esclavos cristianos; cuando en todas las expediciones llevadas á cabo por los condes y reyes de Aragón en los puntos de mayor peligro allí estaban ellos, ya luchando animosamente, ya pidiendo al vencedor fuese generoso y clemente con el vencido; cuando la España contaba á principios de este siglo 71.400 cautivos por ellos arrancados de la miseria y de la muerte en que los echaba la tiranía árabe; cuando Francia saludables entusiasmada al verlos llegar de Marruecos con más de 200 libertados; cuando Roma, la un día señora del mundo y hoy de la felonía esclava, vió libertar durante el papado de Benedicto XIII á 370 cautivos, y cuando en fin el mundo entero pudo admirar en ellos, en medio de su valentía y caballería, una vida ejemplar, un dechado de virtudes por entre las cuales descollaba esa bella y

simpática hija del cielo que es ángel protector de los que gimen y lloran; joven humilde y modesta á quien nada le ofende tanto como la adulación y la publicidad; madre tierna y cariñosa que amamanta con el purísimo néctar de sus abundantes pechos á todos los pequeñuelos que lloran tristes orfandades; bravo adalid que en los campos de batalla ni le acobarda la densa niebla de humo, ni el estruendo de mortíferos cañones, ni el silbar de destructores proyectiles para ir á fortalecer al debilitado, correr á curar al herido y volar en auxilio del moribundo: esforzada matrona que da honrosa sepultura al que en el campo del honor perdió su existencia y por él de rodillas reza ferviente plegaria al Eterno, sin cuidarse de si fué amigo ó enemigo, bueno ó infame, leal ó traidor; solícita enfermera que en medio de devastadora epidemia recoge, anima y cuida al que acaso su aterrada familia abandonó; blanca paloma que así remonta su vuelo hasta los aristocráticos salones para demandar humildemente una limosna para el necesitado, como desciende á la misera cabaña del pobre para distribuir la dádiva y el amor: la caridad.

Y si material y moralmente á tan alto grado de esplendor se elevaba la mercenaria Orden, en la parte intelectual en nada quedaba rezagada, pues llegó á contar tres Cardenales, gran número de Arzobispos y Obispos, eminentes teólogos, sabios doctores é ilustres científicos.

También en la parte de santidad brillantemente resplandecía la Orden, pues ahí están para acreditarlo el gran número de mártires y de confesores que á ella pertenecieron, y que hoy veneramos en nuestros altares.

No podía, pues, dejar de ser más bella la aureola que rodeaba á los padres de la Redención, y sin duda por envidia á tanta belleza, por la soberbia que continuamente nos aprisiona, ó por la dominación que á veces el genio del mal tiene sobre nosotros, y aunque parezca increíble, es preciso confesar que la institución mercenaria ha tenido detractores. ¡Qué horror! Mirad sinó, aquellos beneméritos religiosos que, ora despreciando los halagos mundanales, ora desafiando las inclemencias del tiempo, sin miedo ni pavor á la esclavitud y cólera africana, sin arredrarse por los sufrimientos que les aguardaban, ardiendo sólo en deseos de ser útiles á sus semejantes y anhelantes de alcanzar la gloria celestial, se embarcaban en nuestras playas, surcaban en frágil nave el Mediterráneo, y saltando al África, presentábanse á pedir al cadí mahometano, con la llama de la fe oscilando sobre sus sienes, con serena frente, humilde tono y la esperanza en el corazón, el rescate de los cristianos que encerrados tenían en sus detestables mazmorras, ofreciéndole en cambio cuantiosas sumas, que el argelino aceptaba con ojos codiciosos y miras bastardas: correr luego á abrir los calabozos y arrojar á los brazos del atónito cautivo que, mísero esqueleto, sombra de lo que fué, no sabía lo que le pasaba al oír el cariñoso acento que le decía: «Bendice á María, hermano mío, que Ella te da la libertad; sal, eres ya libre.» Y repetir de mazmorra en mazmorra tan halagüeñas frases hasta partir con la misma nave al suelo patrio, rodeado de aquellos á quienes alcanzara la libertad, que no cesan de bendecirles y derramar sobre ellos lágrimas de ternura y de gratitud. Y modestamente presentarse otra vez á pedir limosna para volver á partir en busca de nuevos esclavos. Ya al África ha vuelto, pero esta vez el orgulloso mahometano es más exigente... el oro no basta, pero el padre de la Merced no se arredra, se ofrece en rehenes de los cautivos mientras el codiciado metal llega, y encerrado voluntariamente en negro calabozo á la par que los que redimió besan el suelo querido de la patria y abrazan á sus familias, él besa el candado, abraza sus cadenas, bendice á Dios, reanima la fe de los vacilantes, convierte á muchos mahometanos y sufre el término de sus aspiraciones, el bello ideal de su fantasía con heroicos esfuerzos, derramando al fin su sangre en defensa de la sublime religión del Crucificado... ¿No es horrible maldad la de los ímpios que en nombre de la fraternidad y de la igualdad humanas, han calumniado á tales héroes, á tan insignes bienhechores de los hombres?

V

Aun estaban en su apogeo las Ordenes religiosas en España, cuando un día esta hidalga nación estremecióse de horror, llenóse de vergüenza, y con aterrados ojos tristemente contempló cómo una turba de caníbales sembraban el luto, la desolación y la muerte por la mayor parte de sus dominios.

¡Pobre España! Ya no era sólo este monstruo infernal que clava la daga del hijo al pecho del padre y arma el brazo del padre para que destroce las entrañas del hijo; que hace empuñar la espada al her-

mano para partir con ella el corazón de su mismo hermano, que pone la flamígera tea en manos del amigo para que con ella arruine á su propio amigo, esa víbora de sangre nunca harta, ese engendro del averno, sembrador de la discordia y la zizaña, llamada guerra civil, lo que asolaba sus campos y vejaba sus ciudades; sino que también un día tras otro, ayer en Madrid, hoy en Zaragoza y Reus, mañana en Barcelona, y pasado mañana en otras poblaciones, en medio de sangrienta orgía, de espantosos alaridos y satánicas burlas veía abrir el pecho del religioso por el puñal del asesino, y las mansiones, en las que reinar debía la paz en el alma y la tranquilidad en el espíritu, lamidas por lenguas de revolucionario fuego que las consumía y devoraba.

¡Cuántas escenas de escándalo y profanación, cuántos actos de sangre y exterminio, cuántas tragedias de rencores y venganzas se representaron desde Julio de 1834 á Agosto de 1835!

Barcelona fué teatro de uno de esos terribles dramas que hubieran conmovido el corazón mismo de sus actores, si éstos no los tuvieran convertidos en corazonas de hienas.

Era á la caída de la tarde del 25 de Julio de 1835, cuando en tropel, dándose de mojicones y rodando por el suelo, salió del toril una turba de grandes y chiquillos, arrastrando atado de una maroma el último de los bichos que se habían lidiado en la mala corrida dada aquel día. Con desaforados gritos y gran algazara penetró en la ciudad, donde se les agregaron varios hombres de siniestro aspecto armados de gruesos garrotes, y algunas mujeres, de esas en quienes la honra y la virtud son lo de menos estima. Recorrieron varias calles aumentando el tumulto, y retirándose á sus casas las personas que, por ser día festivo, pacíficamente se paseaban por las Ramblas. En eso llegó la noche, habiéndose convertido el tumulto en motín. Ininteligibles alaridos lanzaba éste al principio y grandes y descompuestas voces después, resonando algunas de: *¡Abajo los conventos! ¡Mueran los frailes!...* Fueron tomando eco estas últimas; y entonces, cual si hubiese sido un grito de guerra de antemano cundido, aquellos grupos de desalmados, aquellos vándalos del siglo XIX, escribieron con letras de sangre y fuego negra página en la historia de la patria.

Bajo el puñal del homicida derramóse sangre de inocentes frailes al fulgor de la incendiaria antorcha revolucionaria, crujieron las bóvedas de grandiosos conventos, y bajo los humeantes escombros de esbeltas ojivas, de atrevidos arcos, de suntuosos templos, de airoas columnas, de góticos claustros, de bellos altares del arte maravilla, de excelentes bibliotecas con afán y estudio coleccionadas, y á la vista de un hipócrita decreto real quedaron sepultadas las Ordenes monacales en España.

Apático é impasible permaneció el Gobierno de la nación ante el derramamiento de sangre; con los brazos cruzados las autoridades de las provincias, si bien mostrando grande energía cuando era ya tarde; las clases mesocráticas llenas de estupor y espanto, y creyéndose impotentes ante la osadía de un puñado de asesinos; y el pueblo, alucinado por quiméricas ideas, siguiendo siempre las huellas de los que se titulan sus redentores, y que no son más que una caterva de monopolizadores y farsantes, dejó que se consumara el espantoso crimen.

(Se continuará.)

EL CABALLO

El caballo que, suelto y rozagante,
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujeción desde este instante.
Oprimido del yugo, ara la tierra:
Pasa tal vez la vida más amarga.
Sufre la silla, freno, espuela y carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.

(SAMANIEGO, *El ciervo y el caballo*, fábula.)

I



INSEPARABLE compañero del hombre en las artes de la paz y en las fatigas de la guerra; en los regocijos y alegres fiestas, ó en las pompas fúnebres, es el caballo el más bello, el más noble, el más fogoso y el más adicto de los animales domésticos. Ayuda el caballo al labriego en las faenas agrícolas, desde la sementera á la recolección de las doradas mieses; sirve de motor, por medio de malacates, á pequeñas industrias; lleva sobre sus lomos la carga ó arrastra el vehículo, siendo, aun después de la invención de la locomotora, uno de los principales medios de transporte; persigue en la llanura y en la selva, guiado por intrépido cazador, á la liebre, al jabalí y al ciervo, al león, al tigre y á las fieras; se esfuerza el caballo en

¹ Para mí son las cadenas del esclavo.

complacer á su dueño, y obedeciendo siempre á las impresiones de la mano que le guía, se precipita, modera ó detiene; renuncia á su propio ser abandonándose á la voluntad ajena, adelantándose á ella y poniéndola en práctica con la prontitud y puntualidad de sus movimientos; y entregándose sin reserva, nada rehusa, sirve con todas sus fuerzas, se fatiga y aun muere por obedecer mejor. A este propósito dice Iriarte:

Mirando estaba una ardilla
A un generoso alazán
Que, dócil á espuela y rienda,
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:

" Señor mío,
De ese brio,
Ligereza
Y destreza,
No me espanto
Que otro tanto
Suelo hacer y acaso más."

El paso detiene entonces
El buen potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la ardilla da:

" Yo me afaño,
Mas no en vano;
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño,
Tengo empeño
En lucir mi habilidad."

(La ardilla y el caballo, fábula.)

En las fiestas y públicos regocijos representa el caballo papel muy principal: él toma parte en los juegos del circo y del hipódromo, que desde los griegos y romanos se conservan hasta nuestros días; en los torneos y cañas de la Edad Media. Así describe estas últimas el romancero morisco:

De los trofeos de amor
Ya coronadas las sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves
En un overo furioso
Que al aire en su curso excede,
Y en su pujanza y vigor
Un leve freno detiene.

Al són de bárbaras trompas
Los caballos impacientes,
Con relinchos y bufidos,
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse cuanto pueden.

(GAZUL. IV.)

También en las fiestas de toros lucían los caballeros su destreza y valentía, sacando de ellas alto renombre á ilesos sus caballos. Dice D. Nicolás Fernández de Moratín en la *Fiesta de toros en Madrid*:

Crece la algazara y el,
Torciendo las riendas de oro,
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

Como el bruto se abalanza
Con terrible ligereza,
Mas roía con gran presteza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

A caballo como estaba,
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba,
En la lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.

En los galanteos y escenas de amor también figuran los caballos.

Recoge la rienda un poco,
Pára el caballo que agujas,
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que sin uso de razón,
A mi parecer, te avisa
De aquel tiempo venturoso
Que tú, desleal, olvidas
Cuando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con sus corvetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.

Esto dijo al moro Azarque
La bella Zaida de Olfas.

(Romancero morisco.)

En las pompas fúnebres los caballos primorosamente enjaezados llevan las carrozas, ó como caballos de respeto son conducidos del diestro por palafreneros.

Todos de negro se visten,
De negro son los jaeces
Y de negro los tahalíes.

Hasta las blancas adargas
Con bandas negras dividen,
Yeguas negras andaluzas
Que al viento los pasos miden;
Sólo los frenos son blancos
Por la espuma que los ciñe.

(Ibid.)

En la guerra es donde verdaderamente se aprecian las buenas condiciones del caballo; tan intrépido como su dueño, ve el peligro y lo arrostra; se acostumbra al estruendo de las armas y se complace en él; le busca y se anima con el mismo ardor que el jinete, brillando y centelleando en el combate. He aquí cómo se expresa Delille en su bellísima composición *Le cheval*:

Il brave le mousquet, et affronte la lance,
Parmi le feu, le fer, les morts, et les mourants,
Terrible, echevelé s'enfonce dans les rangs;
Du bruit, les chars guerriers fait retentir la terre
Pretes aux foudres de Mars les ailes du tonnerre,
Il prévient l'éperon; et obeit au frein,
Fracasse par son choc le cuirasse d'airain;
S'enivre de valeur, de carnage et de gloire
Et partage avec nous l'orgueil de la victoire.

(Les trois Regnes.)

Del español en Orán tomamos los siguientes versos:

Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenétes
Que por el campo buscaban,
Entre la sangre, lo verde,
Aquel español de Orán
Un suelto caballo prende,
Por sus relinchos lozano
Y por sus cercejas fuerte.

También participa de la victoria, y en los triunfos romanos, entrada pomposa y solemne en la ciudad que se concedía á los generales victoriosos, los caballos llevaban la cabeza adornada con palmas.

El caballo generalmente se cria en domesticidad; sin embargo, algunos autores antiguos y modernos hablan de caballos silvestres, señalando los parajes donde se encontraban: Herodoto dice que en Escitia, en las riberas del Hiparis, había caballos silvestres blancos; y en la parte septentrional de la Tracia, más allá del Danubio, había otros cuyo pelo tenía cinco dedos de largo en todo el cuerpo; Aristóteles cita la Siria; Plinio los países del Norte, y Strabón los Alpes y la España, como países en que se criaban caballos salvajes. Lo mismo dicen los modernos: Cardano, de Escocia y de las Orcadas; Olao, de la Moscovia; Daper, de la isla de Chipre; Struis, de la isla de May en Cabo Verde, donde se criaban caballos silvestres de poca talla. León Africano también refiere que había caballos silvestres en los desiertos de Africa y Arabia, y asegura haber visto en los desiertos de Numidia un potro blanco, cuya crin era encrespada; Mármol confirma este hecho. En las *Cartas edificantes* se lee que en la China hay caballos silvestres muy pequeños. Como todos los países de Europa se hallan en el día muy poblados, no se encuentran ya en ellos caballos silvestres. Los que se ven en las vastas praderas y pampas de América son caballos de origen español, y llevados á aquellos países por los españoles, que se han multiplicado en grande escala por el transcurso de los tiempos; pues sabido es que el Nuevo Mundo carecía de esta especie de animales. El miedo y espanto que manifestaron los mejicanos y peruanos al ver los caballos y los caballeros, hicieron comprender á los españoles que eran completamente desconocidos en aquellos climas: transportaron gran número de caballos para su uso y utilidad y para propagar la especie, soltándolos al efecto en el continente y en las islas. M. de la Salle vió en 1685 en la América del N., cerca de la bahía de San Luis, algunos caballos silvestres; Desmélín dice que en la isla de Santo Domingo se encuentran manadas de más de 500 yeguas y caballos, que cuando ven un hombre se detienen todos, se acerca uno de ellos á cierta distancia, da algunos relinchos, huye y todos los demás le siguen. Estos caballos, añade, no son tan hermosos como los de España, no obstante ser de la misma raza; pues tienen la cabeza muy abultada, las piernas gruesas y nudosas y las orejas y el cuello largos. Se cazan estos caballos á lazo ó con la cuerda y las bolas, y se amansan y doman fácilmente, sirviendo después para toda clase de trabajos. (Los tres reinos de la naturaleza, § el caballo.)

El bocado, las ayudas y las espuelas son los tres medios inventados para mandar los caballos. El bocado, según Virgilio, le inventó Cástor, ó los lapitas de cerca de Peletronio. Parecía que la boca no estaba destinada por la naturaleza más que para

recibir las impresiones del gusto y del sabor; sin embargo, es tan grande la sensibilidad que en ella tiene el caballo, que, con preferencia á la vista y al oído, es á la boca adonde se envían los signos de la voluntad del jinete. El más ligero movimiento ó presión del bocado es suficiente para regir y mandar al caballo, no teniendo más defecto su boca que su perfecta sensibilidad, pues abusando de ella se echa á perder; por eso ninguno que se precie de jinete debe castigar al caballo con el freno, pudiendo decirse con D. Juan Segundo que todo lo bueno ó malo que el caballo ejecuta no depende de él, sino de la mano de brida. Las ayudas se dan con la presión de los muslos y de las piernas, asegurando algunos autores que en Asia hay jinetes que mandan los caballos sólo con las piernas sin necesidad de bocado. Podrían regirse los caballos, aunque con dificultad, por la vista; más fácil era por el oído, y á veces se les anima con palabras y silbos; pero son más eficaces y rápidas las ayudas y el bocado. Cuando un caballo está bien educado y el jinete sabe mandarle, parece que están identificados en un solo ser, sin resistencia por parte del uno ni alardes de fuerza por la del otro, con tal suavidad, que un observador apenas podrá percibir cuándo el caballero manda y cuándo el corcel obedece. ¡Cuántas veces se castiga en el caballo las faltas que ha cometido el jinete!

Por medio de la brida se da á la cabeza del caballo una posición agraciada y conveniente; y por medio de aquella y de las ayudas, se le detiene, se le hace dar las vueltas y variar los aires ó marchas, que son principalmente tres: el *paso*, que es el más lento; el *trote*, que es el más natural, y el *galope*, que es el más rápido. Hay, además, las *marchas de costado* ó de dos pistas; el *paso de andadura*, marcha defectuosa y contra naturaleza, propia de caballos débiles y arruinados, y los *aires rotos* ó desunidos, que todos hay que desecharlos como malos. No entramos en más detalles, porque nos llevarían fuera de nuestro propósito: sólo si diremos, que el *paso* tiene cuatro tiempos y tres intervalos, de los cuales el primero y el último son más cortos que el intermedio; en el *trote* hay dos tiempos y un intervalo, y en el *galope* hay tres tiempos y dos intervalos, en uno de los cuales el caballo muestra las cuatro herraduras: cuando el caballo tiene las ancas y los corvejones muy flexibles, el galope tiene cuatro tiempos.

Hay diversas razas de caballos, creyéndose por muchos que todas provienen de la árabe: los mejores para montar y más veloces en la carrera son los árabes, después los berberiscos, españoles (andaluces), ingleses y algunos franceses (los de Limoges); para tiro son fuertes y vigorosos los ingleses, daneses, holandeses, normandos y percherones. Los caballos de América son de poca talla, y se llaman musteng ó mustefios.

He aquí la descripción que hace el emir Abd-el-Kader del caballo berberisco de pura raza: «Es admirable por sus buenas proporciones; por sus orejas finas y movibles; sus huesos pesados y cara descarnada; sus narices tan anchas como la boca del león; sus ojos negros y hermosos; su cuello largo y cruz saliente; lomos recogidos y fuertes ancas; vientre escotado; grupa redonda; radios superiores largos como los del avestruz; musculatura como la del camello; venas sofinas apenas aparentes; casco negro de un solo color; crines finas y abundantes; carnes duras; y cola gruesa en su nacimiento y delgada en su extremidad.

Visto de frente, semeja el pico de una montaña;

Visto por detrás, parece que se baja para postarse;

Visto de costado, aparece fuerte y bien en aplomo;

En resumen, debe tener:

Cuatro cosas anchas: la frente, el pecho, la grupa y los miembros.

Cuatro largas: el cuello, los radios superiores, el vientre y las ancas.

Cuatro cortas: los lomos, ranillas, orejas y cola.

Todas estas particularidades, que constituyen un buen caballo según los árabes, prueban la pureza de raza y ser sobresalientes para la carrera, pues toda su configuración se asemeja al galgo, al palomo y al mekarí (camello de silla).

También, dicen, la yegua debe parecerse:

Al jabalí en el valor y anchura de la cabeza;

A la gacela en la gracia de sus ojos y boca;

Al avestruz en su largo cuello y velocidad,

Y á la vibora en tener la cola corta.

Según afirma el emir, hay caballos que corren 50 leguas francesas en 24 horas. El caballo que mejor soporta las carreras largas, es el que al llegar al término de ellas se sacude, orina, rasca el suelo con el casco y relincha en cuanto siente que le traen el morral con la cebada, y al meter el hocico muere el grano tres ó cuatro veces con ansia. Dice un ada-

gio árabe: el caballo vive de 20 años á 25 y la yegua de 25 á 30: siete años para mi hermano; siete para mí, y siete para mi enemigo.

Sabido es el cariño y familiaridad con que los árabes crían á sus caballos, que ha interpretado admirablemente Ch. Delacour en la siguiente fábula:

LE JUMENT DE L'ARABE

(La yegua del árabe.)

Quand dans la plaine vaste et brune,
Blanche elle paraissait aux yeux

Elle ressemblait á la lune
Dans la solitude des cieux:
Et l'arabe, qui, comm' une ombre
Sur son dos allait voyageant,
Ressemblait á la tache sombre
Qui ternit son disque d'argent.

.....
Mais, en fin, ces mots de sa bouche
Sortent accompagnés de pleurs:
"Toi, ma gacelle, ma mignone,
Toi, plus douce que l'eau du ciel,
Faut-il donc que je t'abandonne
Aux mains de cet homme cruel?
Non, reste dans ton Arabie."

D. Nicolás Fernández de Moratín describe así el caballo andaluz:

Era el caballo galán,
El bruto más generoso;
De más gallardo ademán;
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alazán.
Larga cola recogida
Y las piernas descarnadas;
Cabeza pequeña, erguida;
Las narices dilatadas;
Vista feroz y encendida.
Nunca en el ancho rodeo



SALIDA DE SOFÍA DEL PRÍNCIPE ALEJANDRO DESPUÉS DE SU ABDICACIÓN.

Que da Betis, con tal fruto
Pudo fingir el deseo,
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

(Fiesta de toros en Madrid.)

II

Los poetas de todos los tiempos han dedicado sus versos á describir pomposamente los caballos de sus héroes, ó á tomarlos por punto de comparación.

Homero describe los caballos de Aquiles en el libro XVI de la *Iliada*, y dice:

..... El auriga
Obedeció á su voz y diligente
Unció bajo del yugo á Janto y Dalio,
Que en correr á los vientos igualaban;
Del Céfiro nacidos y la Harpía
Podarga, que del mar en la ribera
Pacía descuidada, cuando vista
Por el Céfiro fué. Junto con ellos
El ligero Pedaso, que de Teba,
La ciudad de Ilión; Aquiles trujo,
Cuando fué por su brazo conquistada,
Y aunque nació mortal, veloz seguía
A los otros caballos inmortales.

(Traducción de GÓMEZ DE HERMOSILLA, t. II.)

Virgilio describe magistralmente el caballo en la tercera geórgica en los versos que empiezan:

"Tu modo, quos in opem statues submittere gentis."

De ellos puede considerarse imitación y fiel traslado, la pintura del caballo por Céspedes en su poema de la *Pintura*:

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva;
Breve el vientre, rollizo, no pasado,
Ni caído de lados y que aviva;
Los ojos eminentes; las orejas
Altas, sin derramarlas y parejas.
Bulla hinchado el fervoroso pecho,
Con los músculos fuertes y carnosos;
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos;
Llena el anca y crecida; largo el trecho
De la cola y cabellos desdenosos;
Ancho el hueso del brazo y descarnado;
El casco negro, liso y acopado.

La Biblia, la mitología, la historia y la fábula citan y describen frecuentemente los caballos.

Citaremos algunos textos de las Sagradas Escrituras: Dice el cántico de Moisés (v. 19): "Porque Pharaon entró á caballo en la mar con sus carros y gente de á caballo: y el Señor revolvió sobre ellos

las aguas del mar: mas los hijos de Israel anduvieron por lo seco en medio de él."

Salomón tenía cuarenta mil caballos para carros, y doce mil para montar (v. 26, cap. IV, lib. III de los Reyes).

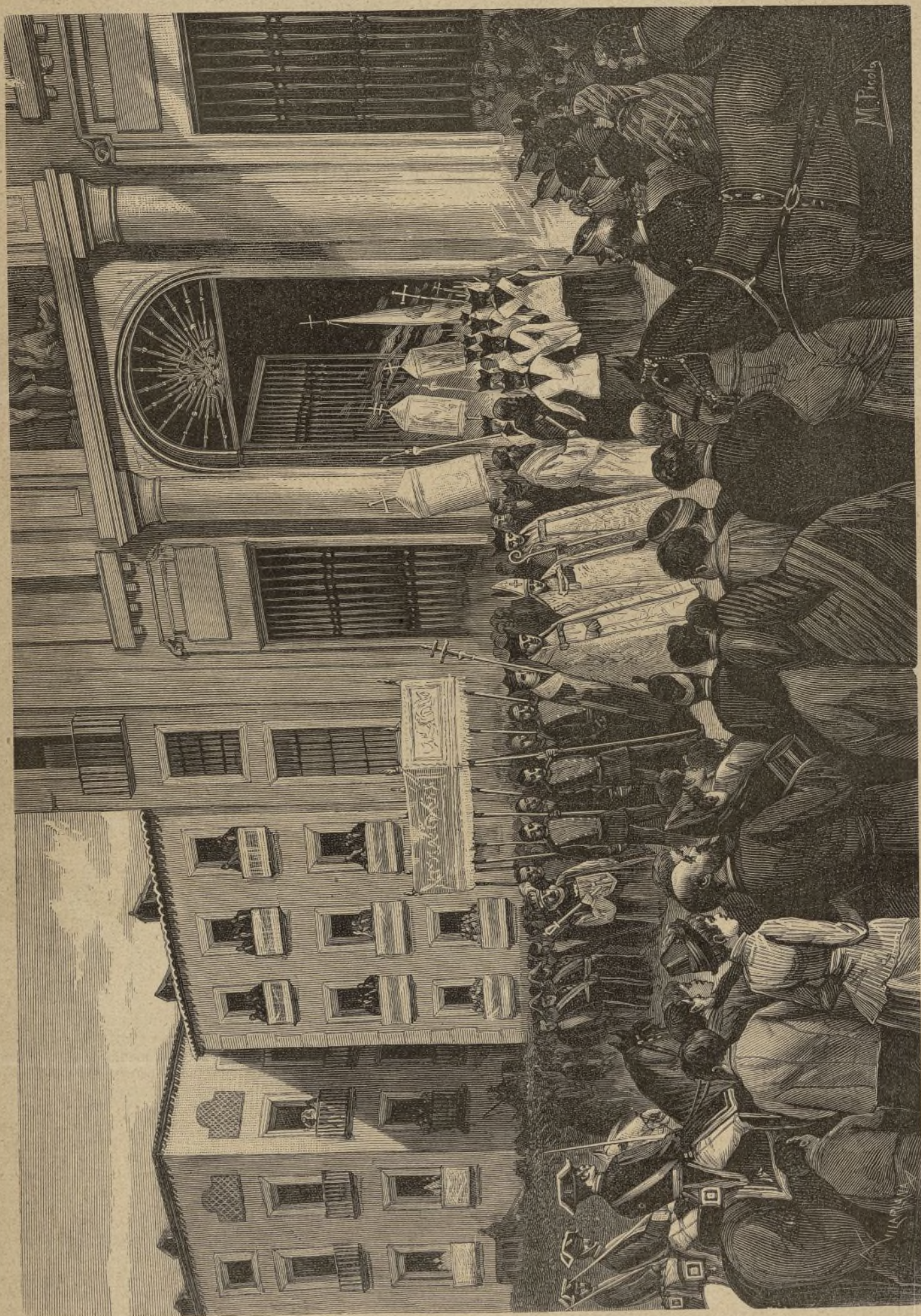
"Y como siguiesen adelante y caminando hablaban entre sí, he aquí un carro de fuego y unos caballos de fuego separaron al uno del otro y subió Elías al cielo en un torbellino (el otro era Eliseo). (Lib. IV de los Reyes, cap. II, v. 11)."

"Voz de azote y voz de ímpetu de rueda, y de caballo que relincha, y de carro encendido y de caballería que avanza." Así describe la toma y ruina de Nínive el profeta Nahum (cap. III, v. 2).

Profecía de Isaías: "Tuve una noche una visión, y he aquí un hombre sobre un caballo bermejo, y él estaba parado en unos mirtos que estaban en un hondo, y en pos de él caballos bermejos, manchados y blancos (cap. II, v. 8)." — Significa el ángel custodio de Israel y los ángeles custodios de otros pueblos, pues todos los caballos estaban montados. — "Y me volví y alcé mis ojos y miré: y he aquí cuatro carrozas que salían de entre dos montes, y estos montes eran de bronce.

"En la primera carroza había caballos bermejos, y en la segunda carroza caballos negros.

"Y en la tercera carroza caballos blancos, y en la cuarta caballos manchados y fuertes.



ENTRADA DEL NUEVO OBISPO DE MADRID - ALCALÁ EN SU CAPITAL DIOCESANA EL DÍA 8 DE LOS CORRIENTES.

» Y respondí y dije al ángel: ¿Qué cosas son estas? Y respondió el ángel y me dijo: Estos son los cuatro vientos del cielo que salen para estar delante del Dominador de toda la tierra (cap. VI, versículos 1 al 5).»

Según el común sentir de los intérpretes, la primera carroza figura el Imperio de los asirios y caldeos; la segunda, los persas; la tercera, los griegos, y la cuarta los romanos; de la propia manera que mostró el Señor esto mismo al profeta Daniel bajo la figura de cuatro bestias ó de los cuatro metales de la estatua.

Habiendo ido Heliodoro de orden de Apolonio, gobernador de la Celysiria, á apoderarse de los tesoros que se guardaban en el templo de Jerusalén, oró el Sumo Sacerdote Onías y las mujeres y el pueblo hicieron penitencia. Entonces apareció un caballo, y sobre él uno de espantosa vista, vestido noblemente: y el caballo se echó impetuosamente sobre Heliodoro con los pies delanteros. Y el que iba montado parecía tener armas de oro. Aparecieron también dos mancebos y azotaron terriblemente á Heliodoro. Oró nuevamente Onías y ofreció sacrificio por Heliodoro, y el Señor le conservó la vida, y anunció las maravillas de Dios y su poder (libro de los Macabeos, cap. IV, vers. 25 y siguientes).

Por último, en el Apocalipsis de San Juan encontramos, entre otros textos, el v. 11, cap. XIX, que dice: «Y vi el cielo abierto, y pareció un caballo blanco y el que estaba sentado sobre él era llamado Fiel y Veraz, el cual en justicia juzga y pelea.» Se refiere á Jesucristo, porque sobre la naturaleza humana está como sentada la divina, y juzga y pelea contra los impíos.

Consultemos ahora la mitología. Refiere Ovidio en el texto de sus transformaciones ó metamorfosis que estando Saturno, dios del tiempo, recreándose con la ninfa Filira, hija del Océano, á orillas del mar, fué á buscarle su mujer Opis, pero antes que llegase donde él estaba se transformó en caballo.

Neptuno, dios del mar, cuando la retirada de los dioses á Egipto les acompañó bajo la forma de caballo. Tomó después parte en la conspiración de Apolo contra Júpiter, y descubierto el complot fueron castigados á vivir un año en la tierra. En este tiempo construyeron los muros de Troya, y negándose Laomedonte á pagar el precio convenido, que para Neptuno consistía en caballos, irritado sumergió el país. Cuando Atenas se edificó á orillas del mar, disputando Neptuno con Minerva el honor de darle su nombre, de un golpe de tridente hizo salir el caballo, símbolo de la guerra; á este primer caballo se le llamó Arión, según Apilio Estacio. A Neptuno se le representa en un carro formado por enorme concha, tirado por caballos azules y llevando el tridente en la mano. A los tritones, que son dioses marinos, se les representa á veces en carro tirado por caballos blancos.

Trascurridos los dos años de destierro, Apolo, dios de la poesía y bellas artes, sube al cielo y obtiene de su padre Júpiter que le encargue la conducción del carro del sol, y tomó el nombre de Febo, guiando el carro del sol tirado por cuatro caballos rojos, Pyrois, Evus, Ethón y Phlegón.

En el cortejo de Apolo están las musas, y con ellas Pegaso, caballo alado, nacido de la sangre de Medusa cuando Perseo cortó la cabeza á esta gorgona. Los poetas le colocan en el Parnaso, donde dió nacimiento á Hipocrene, ó fuente del caballo, que la hizo brotar de un golpe con su casco, y suponen que los favorecidos de las musas atraviesan el espacio sobre su dorso.

A Eolo, dios de los vientos, se le representa en un carro tirado por cuatro caballos blancos.

Plutón, dios de los infiernos, tiene una cuadriga de oro tirada por cuatro caballos negros, Orphneo, Ethón, Nictéo y Alastor.

Marte, dios de la guerra, se le representa como guerrero esforzado de los tiempos heroicos, sobre su carro falcado, tirado por cuatro fogosos corceles rojos, que guía Belona (la guerra) á los combates y otras veces Eris (la discordia). Los cuatro caballos se llamaban Phobos, el horror; Phige, la huida; Pavor y Formido, el terror y el espanto. Cuando se representa sola á Belona, su carro no va tirado más que por los dos primeros caballos, los ojos echando fuego, los caballos esparcidos al viento y en la mano un látigo ó una lanza ensangrentados. Sus sacerdotes, los bellonarios, celebraban las fiestas haciéndose heridas mutuamente.

Helena y Polux, Clitemnestra y Cástor, eran cuatro hijos de Leda, convertida en cisne; los dos primeros de Júpiter, inmortales, y los dos últimos de Tindareo, rey de Esparta, su marido. Cástor, inventor de los frenos, domaba los caballos salvajes y hacía volar el carro en la carrera, por lo cual los dioses le dieron ágiles corceles; Neptuno le regaló á Phlego y Harpage, y la diosa Juno á Xantho y Cilaro.

Los hipocentauros eran monstruos fabulosos, mitad hombre y mitad caballo. Tuvo origen esta fábula de que los primeros que montaron los caballos fueron los habitantes de Tesalia, cerca del monte Pelión, y creyeron los pueblos limítrofes que hombre y caballo eran una misma cosa, como después en América los araucanos y mejicanos de los jinetes españoles.

También es notable el caballo de Troya. Hacia diez años que los griegos sitiaban á Troya, sin poder tomarla, cuando recurrieron á una estratagema por consejo de Palax: construyeron un caballo de madera de la altura de una montaña, dentro del cual encerraron soldados valerosos. Le entregaron á los troyanos como una ofrenda á Minerva, y fingieron retirarse á la isla de Tenedos, frente á Troya, aguardando el resultado de su estrategia. Los troyanos, creyéndose libres de sus enemigos, entraron en su ciudad el enorme caballo y le colocaron á la puerta del templo de Minerva. Vino la noche, y mientras los troyanos estaban sumergidos en el sueño y la embriaguez, los soldados salieron de los flancos del caballo é introdujeron el ejército griego en la ciudad, que fué reducida á cenizas. Dice Pausanias que este caballo de madera no era otra cosa que una máquina de guerra inventada por Epetis para derribar las murallas, como la que después se llamó ariete ó carnero, ó hay que suponer, como dice el mismo, que los troyanos eran estúpidos ó insensatos sin sombra de razón.

En los signos del Zodiaco que representan los doce meses del año está Sagitario, que corresponde al mes de Diciembre, y se le representa como un monstruo mitad hombre y mitad caballo.

A la Tierra también se la representa con cuatro caballos verdes.

La historia también nos conserva los nombres y hechos de varios caballos.

Según Plinio, Bucéfalo, caballo de Alejandro Magno, no consintió que nadie más que él le montase, y era de tal conocimiento, que herido en la batalla de la ciudad de Tebas, como Alejandro tratase de apearse de él y subir en otro, no lo consintió. Muerto en la batalla del rey Poro, hizo Alejandro construir en su honor la ciudad Bucéfala.

El caballo de César no consintió que otra persona le montara, y tenía los pies como los de un hombre.

Entre los escitas sucedió que como cayese uno muerto y viniese el enemigo á cogerle los despojos, el caballo del escita le mató á bocados.

Cuando murió Nicomedes, su caballo no quiso comer y se murió de pena. Cuenta Filarco que habiendo muerto Antíoco en una batalla, montó en el caballo de aquel centaureto un gálata, y conociendo el animal que no era su dueño, mordió el freno, se desbocó y despeñó con el gálata. Al relincho de su caballo debió Darío el trono de Persia: muerto Smerdis, sus generales para evitar disturbios y guerras, convinieron en salir de paseo á caballo á la mañana siguiente, y aquel cuyo caballo primero relinchase sería elegido rey; Cebares, caballero de Darío, tuvo toda la noche el caballo reunido con yeguas, así que á la mañana siguiente fué el primero que relinchó y por ello Darío proclamado rey. Calígula hizo nombrar cónsul á su caballo. Donde pisaba el caballo de Atila no nacía hierba, con lo cual quieren expresar algunos historiadores que todo lo llevaba á sangre y fuego.

En la historia patria también encontramos los caballos. Dice así un romance histórico:

La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imagen de la fortuna
Que en polvo la ve deshecha,
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento
Y á veces la tierra besa,
Por los campos de Jerez
(Gelvoe llorosa y nueva)
Huyendo va el rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.

Cuenta la tradición que viniendo á la corte del rey D. Sancho el Craso ó el Gordo de León el conde Fernán González traía un magnífico caballo y un azor; prendado el rey de ellos, ofreció al conde cierta cantidad porque se los cediera, y si no le pagaba el día señalado se doblaba cada día la deuda. Trascurrieron dos años sin pagar, y habiendo desavenencias entre el rey y el conde, fué éste preso y libertado por su mujer. Reclamada por el conde la cantidad debida por el rey y no teniendo en sus reinos riquezas con que pagarla, dió libertad á Castilla del yugo de León (año 905 de nuestra era).

En el testamento del Cid, según el romance, manda que á su caballo Babieca cuando muriese le

sotierren y afoden, para que no le coman los canes. ¡Muchos años debió vivir este caballo!

En la ceremonia de rendir pleito homenaje, juramento solemne ante la Sagrada Hostia partida, si le quebrantaban los caballeros pedían á Dios entre otros castigos que en la batalla les faltasen el caballo, las armas y las espuelas.

Alfonso de Lamartine, el inspirado novelista, utilizó tres caballos árabes en su célebre *Viaje á Oriente*: Scham, nombre árabe de Damasco; Tadmor, Palmira, y Saidi.

Cervantes immortalizó en el *Quijote* á Rocinante, que aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, *qui tantum pellis et ossa fuit*, le pareció á D. Quijote que ni Bucéfalo ni Babieca con él se igualaban.

En la tetralogía de Wagner *El Anillo del Nivelungo*, en la tercera parte, «El crepúsculo de los dioses», figuran varios caballos, entre ellos Grave, caballo de la Walkiria Brunilda.

El caballo, según la Historia natural, es un animal vertebrado, mamífero, del orden de los paquidermos, ó de piel dura, familia de los solípedos, que tienen los pies aparentemente terminados por un solo dedo, envuelto por una uña ó casco, y género *equus* (caballo) de Linneo.

Las bellas artes, pintura y escultura, han reproducido los caballos en todas las épocas, desde los bajo-relieves asirios hasta las esculturas y pinturas contemporáneas. En la iconografía sagrada se representan montados á caballo á Santiago, San Martín, San Jorge y San Isidoro. Son notables las pinturas de caballos de Rafael Sancio (de Urbino); las de nuestro Velázquez existentes en el Real Museo de Madrid, siendo la mejor, en nuestra opinión, la del caballo del retrato del Conde-Duque de Olivares; las del cuadro *La Rendición de Granada*, de Pradilla, que se conserva en el Senado; mas desuellan como especialistas las de los franceses Horacio y Carlos Vernet, cuyos caballos de todas las razas y actitudes han sido copiados en numerosos grabados y álbums.

La escultura ha reproducido también los caballos, y se llaman estatuas ecuestres las que aparecen montadas. Son numerosísimos los caballos y estatuas ecuestres vaciados en metal de todos los tamaños que existen en las plazas públicas y museos de Europa y América y como adorno en las casas particulares. Sólo citaremos las de Felipe III en la Plaza Mayor, Felipe IV en la de Oriente y la de Isabel la Católica, cerca del Hipódromo, existentes en Madrid. Son notables las estatuas-genios dominando con la brida los caballos, fundidas en bronce y existentes en Roma en la plaza del Quirinal ó de Monte Caballo, las de Cástor y Polux en la misma forma esculpidas en mármol y la estatua ecuestre de Marco Aurelio en el Capitolio.

En Astronomía se conocen dos constelaciones: el Busto del Caballo y el Pegaso, caballo alado, ó la Gran Cruz.

La palabra caballo viene del sanscrito Tchpala, rápido, en griego *Caballe* y en latín *caballus*.

En griego más frecuentemente se le llamaba *hipos*, de ahí nuestras palabras hipología é hípica, conocimiento ó descripción del caballo; hipódromo, carrera de caballo; Filipo, amigo de caballos; hipopótamo, caballo de río, corpulento cuadrúpedo; hipocampo, caballo de mar, pez que recuerda el caballo enjaezado, etc. *Equus* se llamaba ordinariamente al caballo en latín, de donde provienen nuestras palabras: equipo, lo que pertenece al caballo; equitación, arte de montar á caballo, y otras. De la palabra castellana caballo han salido las de caballero, sitio donde se guarda y cuida á los caballos; caballeros y caballero mayor, funcionarios del Real Palacio; este último es siempre un personaje; Caballería una de las cuatro armas de nuestro ejército, y caballero el que tiene porte y acciones de tal, siendo frase muy encomiástica la de cumplido caballero cristiano.

Se llama caballo á una pieza del ajedrez, á una figura de la baraja; en albañilería á una especie de banco alto que sirve de andamio; á la hebra de hilo que se atraviesa en el aspa al hacer la madeja; en el arte de la imprenta al golpe que por descuido del prensista recibe el molde al echar la frasqueta, estropeando las letras que toca; á un antiguo ingenio de guerra hecho de madera en forma de casa ó castillo; á una especie de valla con picos que impide el paso de la caballería y se llama caballo de frisa; caballo de vapor, medida de esta clase de máquinas que equivale á la fuerza necesaria para levantar á 1 metro de altura 4.500 kilogramos de peso en un minuto.

Por último, la palabra caballo entra á formar gran copia de refranes; y frases por ejemplo: con el ojo del amo engorda el caballo; pollino que me lleve y no caballo que me eche; caer bien á caballo; al amigo

y al caballo no hay que cansarlo; por un clavo se pierde una herradura, por una herradura un caballo y por un caballo un caballero.

Aquí ponemos fin, término y acabamiento á nuestro escrito, no porque esté agotada la materia, que daría para sendos tomos, sino por no concluir con la paciencia del que leyere.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

Salamanca, 19 de Febrero de 1886.

¡SI YO TUVIERA MADRE...!

CUENTO

A MI QUERIDO HERMANITO ÁLVARO.

CAPITULO II

CIELO CON NUBECILLAS

I



RANDE animación reinaba en la tarde del domingo siguiente en el locutorio de las monjas de la Concepción, cuyo convento se hallaba situado á las afueras de la villa. Toda la familia de Antonio estaba allí de gran gala, muy señaladamente la tía Meregilda, puesta de veinticinco alfileres, luciendo su pañuelo de Manila y su falda de merino y su mantilla de raso con ancha franja de terciopelo, prendas que conservaba como recuerdo de mejores días, y que sólo usaba en los que repican gordo, ó cuando, como entonces, se trataba de echar una cana al aire. Mientras Antonio, sentado en amplio sillón de vaqueta claveteado con dorados tachones, fumaba un cigarrillo y acariciaba á Angelito, que, entre las piernas de su padre comía un rico bollo de dulce, regalo de las monjas, Andrea y la tía Meregilda, muy agenciosas y solícitas, vestían á Serafina un hermoso traje blanco, siguiendo las indicaciones que detrás de la reja les daba la madre Asunción, monja del convento y hermana de Andrea. Interesada la monja en que se luciera su obra y en que su sobrinita fuera la que más linda se presentase á ofrecer el ramo de flores á la Virgen en la fiesta de aquella tarde, se había constituido directora de la orquesta, haciendo dar cincuenta vueltas á la niña, y mandando á cada vuelta perfilar un pliegue, estirar una arruga, arreglar un rizo ó dar un sutil retoque, hasta que el traje quedó arreglado á su satisfacción. Hizo entonces entregar á la niña un precioso ramillete de flores que ella misma había cultivado para el caso, y la obligó á ensayarse y recitar los versos en su presencia. Las monjas que acompañaban á la madre Asunción quedaron atónitas de la gracia de Serafina, que celebraron con frases de admiración y cariño y con hiperbólicas ponderaciones. Antonio, Angelito, Andrea y la tía Meregilda contemplaban embobados á la graciosa niña, que estaba verdaderamente encantadora con su blanquísima falda esmeradamente bordada, sus zapatitos de raso blanco, banda de seda azul cruzada del hombro á la cintura, sueltos los rizados bucles de su brillante pelo rubio, ceñida la frente de vistosa corona de flores artificiales, á la cual estaba prendida en la parte posterior la punta del blanco velo que con graciosos pliegues venía á descender sobre el talle. Aquel traje de color de nieve, aquel pelo rubio y rizado, aquella carita blanca, sonrosada y fina, aquellos ojos azules de inocente mirar, daban á Serafina todas las apariencias de un ángel.

Cuando más embebidos estaban todos en contemplarla, ábrese pausadamente la puerta y se oye una voz que dice:

— ¡Ave María purísima!

— Sin pecado concebida — contestaron los presentes.

— ¡El P. Plácido, el P. Plácido! — exclamaron Angelito y Serafina, desasiéndose el uno de su padre y la otra de su abuela, y volando al encuentro de un anciano sacerdote que entraba en el locutorio.

El P. Plácido era de regular estatura, aunque un poco inclinado por la edad y la molestia, de facciones regulares y venerable rostro, que á primera vista infundía respeto por las canas que le rodeaban, y después cariño por la suave sonrisa y la bondadosa mirada que nunca se apartaban de sus labios y de sus ojos. Había sido superior de un convento de franciscanos, y era una de las inocentes víctimas que la revolución impía arrojó del claustro sumiéndolas en la miseria y el abandono. Sin padres y sin cercanos parientes, se vió reducido á situación angustiosa; pero no se acobardó por eso: tenía una máxima favorita que nunca le fallaba:

— En todos nuestros apuros, en todos nuestros dolores — decía — lo que nos hace falta es una madre; porque todos los hombres somos niños, y lo que necesitamos es amor. En teniendo madre, no haya cuidado nos falte lo demás, porque las madres hacen milagros. Pues bien: todos tenemos una madre, y madre más cariñosa que ninguna y más que ninguna poderosa: la Virgen María. Todo el secreto de nuestra felicidad está en convencernos de que tenemos madre, y en amarla, y en acudir á ella con confianza de hijos en nuestras necesidades y angustias.

Así discurría el buen religioso, y así pensaba con tan íntima convicción, que el practicar esa máxima y ser feliz le parecía coser y cantar, y se hacía cruces cuando hallaba quien no estuviese conforme con la infalibilidad de su remedio. La verdad era que á él nunca le había fallado, y tampoco le falló esa vez: cuando más apurado se hallaba, encontró la modesta colocación de capellán de las monjas de la Concepción, cargo que seguía ejerciendo cuando le vemos presentarse en escena y en el cual pensaba morir si antes no le permitían las circunstancias realizar su sueño dorado de volver á su convento. El P. Plácido por sus vastos conocimientos y sus grandes dotes oratorias hubiera podido aspirar á altas dignidades eclesiásticas; pero sumamente modesto, y empapado en el espíritu de su regla, se arrinconó voluntariamente, sin más aspiraciones en el mundo que volver al claustro, ó servir á sus hermanas las monjas de mi Padre S. Francisco y de mi Madre la Purísima Concepción, como él decía. Pero me equivoco; tenía aún otra aspiración: la de consolar á todos los desgraciados, socorrer á todos los pobres; en una palabra: la de hacer todo el bien que pudiera. No había en la villa quien no conociese y quien no amase al P. Plácido, porque tampoco había quien no le debiese socorro, favor ó consuelo. Pero quienes más le conocían y más le amaban eran los niños, que al verle volaban todos á su encuentro. Aquel hombre, que era un sabio en toda la extensión de la palabra, poseía el raro don de juntar la sabiduría con un candor, con una inocencia verdaderamente infantil. No podía decirse que con la edad había vuelto á ser niño, porque no había dejado de serlo nunca, y tenía aficiones de tal, como criar pájaros y cultivar flores para la Virgen. El cariño que á ésta profesaba era el de un niño á su madre: puesto de rodillas ante su imagen, la hablaba con ternura como si verdaderamente le escuchara, y su mayor placer era llevarle flores, ó hacer á los niños rezar en su presencia una *Salve*.

¡Los niños...! Los niños eran la pasión dominante del P. Plácido. Quería, como el Salvador, que se le acercasen, para lo cual siempre llevaba en los bolsillos confites, medallas, estampas y escapularios. El los abrazaba, los besaba, sostenía con ellos conversaciones tiradas, con gran complacencia de las madres, y solía vérselo llevar una cuadrilla de niños saltando á su alrededor al olor de los confites, conduciéndolos á su iglesia, y puestos allí de rodillas ante la preciosa imagen titular, hacerles rezar una *Salve* á cambio de un confite, dirigirles luego la palabra recomendándoles su favorita máxima, único sermón que su edad y la falta de dentadura le permitían pronunciar, pero el cual repetía á todas horas y á todo el mundo. Había leído que San Juan Evangelista en su ancianidad, reducía todos sus sermones á las siguientes palabras que continuamente repetía:

— Hijitos míos, amaos unos á otros.

Y preguntado el santo Apóstol por qué insistía tanto en ello, respondió:

— Porque es precepto del Señor, y con que este se cumpla, es suficiente.

Y nuestro P. Plácido, cuya alma, en lo afectuosa y tierna, se parecía no poco á la del discípulo predilecto del Salvador, había tomado el tema de que la Virgen era nuestra madre, y jamás se le caía de los labios, respondiendo á los que le pedían la razón de su insistencia:

— Insisto, porque eso sólo basta para ser felices en la tierra y en el cielo.

Del carácter de sus conversaciones con los niños, puede juzgarse por la siguiente.

Dirigía una vez la palabra, según su costumbre, á un grupo de niños, arrodillados ante la imagen de la Purísima Concepción.

— ¿La veis — decía — cómo está mirando al cielo con esos ojos de gloria, y cómo tiene las manos cruzadas delante del pecho...? Pues eso es que está diciendo á Dios: esos niños son mis hijos, y los quiero... así... — añadió el sacerdote cruzando también las manos — así, con toda mi alma y con todo mi corazón.

— Padre Plácido — le interrumpió Angelito, uno de los presentes; — la Virgen que tenemos nosotros en casa tiene un niño.

— Y ésta también le tiene, hijo mío.

— ¿Dónde está que no se le ve?

— Es que le tiene durmiendo en la cuna.

No extrañarás, pues, hermanito mío, la precipitación con que Angelito y Serafina salieron al encuentro del P. Plácido, besándole la mano, saltando á su alrededor; ni que el buen sacerdote los recibiese con paternal cariño y con su habitual sonrisa, y les diese un par de besos en la frente y unas suaves palmaditas en los carrillos, diciéndoles:

— ¡Bien, muy bien, hijos míos... guapos niños, guapos, guapos...! ¡qué maja estás, Serafina...! ¡qué maja...! ni la hija del mayorazgo va á ir tan linda á llevar las flores á la Virgen...! Así me gusta, hija, así... Todo para la Virgen, hija mía: verás cómo ella te quiere mucho y te... ¡Hola...! ¿qué es eso, picauro...? ¡Ah bribón...! ¿todo eso sabes...? ¡Mire usted, mire usted...!

Y al decir esto miraba á Angelito, que riéndose á carcajada suelta, ostentaba en triunfo un confite que había sacado furtivamente al sacerdote del bolsillo de la sotana. Los presentes se reían también, incluso el mismo P. Plácido.

No — añadió éste — eso no ha de quedar así: demos y tengamos... A *Salve* por confite, y por los robados dos... Esta tarde hay que rezarlas, ¿eh, Angelito...? Y si no, no vale, ¿estamos?

— ¿Me va á dar usted más confites si rezo más *Salves*?

— ¡Hola, hola...! parece que abres el ojo.

— ¿Verdad que sí me los dará, P. Plácido?

— Te los daré.

— Pues voy á estar toda la tarde rezando *Salves*.

— Mira que si me engañas lo he de saber.

— No le engaño, P. Plácido.

— Mira que tengo un pajarito que me lo cuenta todo.

Con la formal promesa de que el niño ajustaría lealmente la cuenta, quedó cerrado el contrato, y todos los presentes se dirigieron á la iglesia y las monjas al coro.

Al cruzar el pórtico lleno de gente, iba el padre Plácido hablando familiarmente con los dos niños, repitiéndoles su acostumbrada máxima, con gran orgullo de la tía Meregilda, que no cabía por la puerta de la iglesia. De entre la multitud salió una voz vinosa que dijo:

— P. Plácido, ¿cuándo cambia usted de canción, que ya nos tiene molidos con esa?

— Cuando tú la aprendas, hijo, que buena falta te hace.

— ¿A quién, á mí?

— Á tí, hijo, á tí.

— Lo que á mí me hacen falta son *calés*: que lo que es por tener ó no tener madre, bien poco me apuro.

Estas y las anteriores palabras iban acompañadas, seguidas y precedidas de frases groseras y tacos redondos. La gente escandalizada miraba de reojo al interlocutor, hombre rechoncho, grueso, carrilludo y coloradote, muy desparrancado, muy echado *pa atrás*, muy puesto en jarras, con un puro de á cuarto entre los dientes, en mangas de camisa y la chaqueta al hombro, y que al hablar lanzaba á menudo por debajo del sobaco un chorro de saliva que despedía con fuerza por entre los dientes de la mandíbula superior.

— ¡Cállate! — le decían algunos por lo bajo tirándole de la chaqueta.

— Cállate, *Juramentos* — le dijo otro dándole un empujón con el hombro.

— No me da la *rial* gana — respondió *Juramentos* con las mismas interjecciones á las cuales debía su apodo.

— ¡Esa boca, hijo, esa boca — añadió el padre Plácido; — me hace creer que antes de mucho echarás de menos una madre!

— ¡Sí, ¿eh...? ja, ja, ja...! ¿Y usted me la dará, P. Plácido?

— ¿No he de dártela, hijo mío...? ¡Con todo mi corazón!

— Corriente; quedamos en eso *por un por si acaso*... ¡Ja, ja, ja!

— Aceptado, hijo, aceptado.

Quería seguir hablando *Juramentos*; pero la indignación popular le cortó la palabra con las siguientes exclamaciones, en que principalmente prorrumpían las mujeres:

— ¡Silencio, *Juramentos*!

— ¡Cállate, mala boca!

— ¡Borracho...! ¡*Beduini*!

— ¡Valiente *perdis*!

— A meterse en si muele el molino, y no en lo que no entiende.

— ¡A callar...! ¡Jesús qué lengua...! ¡Lástima de tijeras bien afiladas...!

— ¡Fuera!

— ¡Fiiiit, fiiiit, fiiiit! — (agudos y prolongados silbidos que un coro de muchachos, poniéndose de

parte de su bienhechor, lanzaba introduciendo en la boca el índice encorvado.)

— ¡Silencio, hijos míos, y dejadle, que harta desgracia tiene el infeliz! — dijo el venerable anciano dirigiéndose con su acompañamiento a la entrada de la iglesia, y continuando luego:

— ¿Has oído tú en nuestro tiempo, Hermenegilda, cosa semejante?

— ¡Jiisús...! ¿qué he de oír, P. Plácido, qué he de oír?

— ¡Malo se va poniendo el mundo, hija...! ¡Malo...!

— ¡Malo, malo, malo, P. Plácido...! ¡Estamos peor que en la Judea...!

Entretanto, se retiraba corrido Juramentos, camino de la taberna, echando tacos y blasfemias, perseguido por las palabras de indignación de hombres y mujeres, los penetrantes silbidos de los muchachos y los ladridos de los perros, entre los cuales sobresalía por lo atiplada y enérgica, la protesta de nuestro buen Colón, que le siguió un rato con ánimo decidido de acariciarle con los dientes las pan-torrillas.

II

A la escena anterior sucedió otra más agradable. En el interior del templo se agolpaba la multitud creyente a los pies de la imagen de María. La hermosa estatua de la Purísima Concepción, con su espléndida túnica blanca y su airoso manto azul celeste, con su corona de estrellas y la serpiente enroscada debajo de las plantas que se asentaban sobre una esfera representando el mundo, con las manos cruzadas delante del pecho y los ojos clavados en el cielo, se destacaba esbelta, gallarda y sonriente en el centro del altar mayor, bajo magnífico dosel de damasco encarnado, rodeada de luces, ángeles y flores, con esa delicadeza y ese primor que sólo poseen las mujeres, y que entre las mujeres poseen en grado eminente las monjas. Arrodilladas al pie del altar veíanse media docena de lindísimas niñas vestidas de ángeles, con traje completamente blanco, corona de flores artificiales y un ramillete de flores naturales en la mano.

El P. Plácido dirigió el rosario, que todo el pueblo rezó con fervor, y terminado el cual, dejó oír el órgano del coro sus plateadas notas, acompañando a las voces virginales de las religiosas, que entonaban alabanzas al Señor y bendiciones a su Inmaculada Madre, la *Reina de las flores*. Siguióse el acto poético y conmovedor de la entrega de los ramilletes a la Virgen. Entre estrofa y estrofa del canto, cuyo popular y conocido coro repetía la muchedumbre clamando con fervor:

¡Venid y vamos todos
Con flores a porfía,
Con flores a María,
Que Madre nuestra es...!

subía una de las niñas por una escalera lateral hasta los pies de la imagen de María, hacía una inclinación a la Virgen, recitaba unos breves versos, dejaba su ramillete de flores en un tiesto preparado a propósito, y se retiraba haciendo otra inclinación.

El pueblo estaba encantado de la gracia inocente de aquellos angelitos, cuando le tocó su turno a Serafina. Conducida de la mano por el P. Plácido, subió la escalerilla, hizo su inclinación con la mayor soltura, y con gracia incomparable, realzada por su natural ceceo y su simpática media lengua, recitó sin turbarse los siguientes versos:

Te agrada
Que flores
Las niñas
Te den:
Yo quiero
Con ellas
Cenirte
La sien.

¡Te amo,
María,
Mi gloria,
Mi bien!
Las flores
Te ofrezco...
¡Y el alma
También...!

— ¡Y el alma también, sí, hija mía! — decía conmovido el P. Plácido.

— ¡Y el alma también! — repetía a su vez la tía Meregilda, llorando y riendo al mismo tiempo.

— ¡Hija de mi alma! — exclamaba Andrea dejando correr las lágrimas.

— ¡Qué bien, papa, qué bien lo ha hecho Serafina! — decía Angelito a su padre.

— ¡Silencio! — respondía éste para ocultar su emoción.

Al bajar Serafina a su sitio, un sordo rumor se oía por toda la iglesia:

— ¡Bendita sea tu boca, hija mía!

— ¡Ha visto usted cosa más mona y más graciosa?

— ¡Boca de ángel, que da gloria de Dios el oír! — ¡Criaturita! ¡Cuánto mejor la oír a la Virgen que a nosotras!

— ¡Quién volviera a sus años y a su inocencia!

— ¡Mira a su madre cómo llora...! Pues ábete su abuela!

— No es para menos, hija: ya ves tú, ¡qué gloria para una madre!

— ¡Desde aquí al cielo!

— ¡Silencio; que estamos en la iglesia.

— Tienes razón: ¡Silencio...! ¡st...! ¡chssss...!

Cesó el murmullo y terminó la función con el canto de la *Salve* y una tierna despedida a la Virgen.

Al salir de la iglesia cada madre abrazaba a su niña llorando, y recibía mil enhorabuenas de las vecinas, que se hacían lenguas en elogio de aquellos angelitos. Antonio recibió innumerables plácemes acompañados de otros tantos apretones de manos. Andrea lloraba de alegría como una tonta. Angelito besaba a su hermanita con toda su alma, y la buena de la tía Meregilda, dudando si llorar o reír, reventando de satisfacción y de orgullo, iba y venía, tomaba en brazos a su nieta, se la arrebatava a todos de entre las manos, la besaba como una loca, santi-guándose y repitiendo en todos los tonos y con todas las vocales del alfabeto:

— ¡Jaaastis...! ¡Jeeestis...! ¡Jiisús...! ¡Jooosús...!

(Se continuará.)

LOS ÚLTIMOS BOHÉMIOS



o está todavía muy lejana la época en que la condición de literato parecía estar indisolublemente unida a la de perdido. Y no sólo los literatos sino los artistas de toda especie formaban como una especie de tribu de gitanos, de donde estaban sistemáticamente des-terrados el orden, la dignidad, la virtud y el decoro.

A esto se le daba el nombre de *bohemia*, palabra tomada del francés, así como la idea que representaba.

Existen aún hombres que gozan de gran reputación en las letras y en la política, cuya juventud pasó en plena y pura bohemia. Pobres por su casa; llegados a Madrid con grandes esperanzas de gloria y de medro; malísimamente educados y con la cabeza llena de falsas ideas de la vida, de falsas ideas de la moral, de falsas ideas del arte, de falsas ideas de todo aquello en que se pueden tener ideas, caían desde la galera o la diligencia que los había traído, en la primera sentina de la corte que hallaban a mano, y desde allí dirigían su voz a las presentes y futuras generaciones, en prosa o en verso, en música o en pintura, con la autoridad de quien se cree genio en cuanto le ha salido el primer diente.

Durante el romanticismo, casi todos los poetas eran bohemios. Como la moda literaria había roto con todas las reglas, la moda de la vida rompió también con todas las leyes. Era preciso vestir mal, comer mal, quedar mal, hablar mal, y hacerlo todo mal, de suerte que lo sublime del genio era llegar a lo sublime de lo peor.

Las ondulaciones de esta atmósfera de putrefacción artística se percibían hasta en los últimos rincones de las provincias, y cuando agitaban la punta de los cabellos de algún jovenzuelo melancólico de suyo y aficionado a cantar en verso las imaginarias amarguras de su corazón, cosa que a los demás les tenía completamente sin cuidado, despertaban en él vehementemente deseo de abandonar aquel estrecho horizonte en que se ahogaba su alma nacida para lo grande, y hecho un Gil Blas se venía a Madrid dispuesto a demostrar en cuanto pisaba las aceras de la villa, que a zapatos rotos, a camisa sucia, a estafador y a sin vergüenza no le ganaba ni el mejor de los poetas conocidos.

Por fortuna, muchos de aquellos perdidos cayeron en la cuenta de que había otro camino más seguro y más decente (a lo menos en la apariencia) para llegar a la prosperidad y al renombre, y volvieron pies atrás, y vistiéndose de limpio o se pegaron a aristocráticas damas, amigas de proteger el ingenio, o se hicieron satélites de cualquier astro político de primera magnitud, con que lograron posiciones brillantes, llegando por fin a embajadores, consejeros y ministros.

Sea cualquiera el juicio que merezcan estos hombres desde el punto de vista de la más severa rectitud, es indudable que a lo menos al salvar el decoro de la epidermis, se libraron de caer en las profundidades de la más abyecta degradación. Podrán

morir con la conciencia escarabajada y el honor un poco atropellado, pero no morirán en medio de la calle víctimas, como Edgardo Poe, del alcoholismo, y comidos de los gusanos de la miseria.

Sin embargo, la peste de los bohemios no ha desaparecido todavía por completo. Quedan algunos, últimos retoños de una raza que se creyó poseedora del genio, con privilegio exclusivo, y no fué más que montón de poetas-barrenderos, si es que podían barrer los que debían ser barridos.

Entre esos desdichados hubo uno que fué mi amigo de la infancia y a quien profesé en otro tiempo verdadero cariño, por la bondad de su carácter y la lozanía de su imaginación.

Su historia es triste... triste como el hambre, como la suciedad, como la embriaguez, como el desorden: las mayores tristezas imaginables acumuladas en un solo individuo.

Hijo de comerciantes regularmente acomodados, que tenían establecimiento de bisutería en una de nuestras primeras capitales de provincia, quedóse huérfano de padre a los doce o trece años. Su madre y su hermana incapaces de seguir los negocios del difunto, dieron al traste con todo en breve tiempo, y el muchacho (llamémosle Juanito Benítez), suspendió sus estudios de segunda enseñanza y se echó a hacer versos a más y mejor, para lo cual le había concedido Dios fantasía, facilidad y galanura de lenguaje. Era poeta sin duda alguna, educado en la escuela de Zorrilla, Espronceda y el duque de Rivas, cuyas más famosas composiciones recitaba de memoria con entonación dramática y teatral, de donde llegó a inferir que serviría con el tiempo para cultivar el arte de Máiquez y Guzmán.

Abandonados los estudios fundamentales y viviendo en la estrechez, no pensó jamás el desdichado Benítez que la existencia es una cosa muy seria, cuya conservación necesita trabajo, perseverancia y honradez, cuando sopla un poco el aire de la fortuna, y mucho más trabajo, mucha más perseverancia y muchísima más virtud, cuando la fortuna sopla a contrapelo. Haciendo versos y representando comedias caseras se pasó los años de su adolescencia; pero soñaba con venir a Madrid y abrirse paso entre la multitud de escritores, cómicos y artistas, que entonces llevaban más fama de perdidos que de ingeniosos. Habían llegado a su noticia, como a la mía, anécdotas picarescas de aquellas gentes cuyos nombres repetíamos con admiración y envidia. El, como yo, sabía que Fulano, el célebre novelista, escribía sus obras bajo la influencia de una botella de ron o de cognac; que Zutano el gacettillero se jugaba el sueldo y luego empeñaba para comer la capa del director del periódico; que Perengano, el autor dramático, no pagaba nunca a la patrona a pesar de que ganaba un dineral con sus obras, porque no había vicio a que no rindiera fervoroso culto; y con estos detalles, que parecían ser notas características del genio y salsa *sine qua non* de la celebridad artística, el muchacho, que como digo, era bueno en el fondo y excelente poeta, se encalabrino más y más con la idea de venir a Madrid, hasta que al fin logró su propósito, y con muchas ilusiones y poquísimo dinero se echó a navegar por los mares de la corte, dando, por de pronto, con su cuerpo en el Conservatorio, a pesar de que el actor García Luna le dijo terminantemente que le faltaban condiciones físicas para el oficio. En efecto, era pequeño, flaco, con el cuello apestado de escrófulas, y con una voz de tan escaso timbre, que en un teatro grande era muy difícil oírle.

No se desanimó por eso, y continuó asistiendo a las clases del Conservatorio, hasta que apretado de la necesidad se resolvió a pisar la escena con la esperanza de ganar algún sueldo. Por cierto que para presentarse por primera vez al público en el teatro de Novedades, tuvo yo que prestarle un pantalón negro, que le venía muy largo, y unas botas nuevas que le venían muy anchas. De mejor gana le hubiera prestado la voz y la figura que le hacían más falta, y así no se hubiera visto en la precisión de abandonar al poco tiempo aquella carrera en que no podía recoger otros frutos que alguna hortaliza mal intencionada o algún pateo demasiado sonoro.

Este desengaño, aunque previsto, apresuró su caída en el fango.

Las compañías que frecuentaba eran detestables, y sus puntos de reunión los cafés más hediondos y las tabernas. Como hacía bonitos versos, teníanle cierto aprecio sus compañeros de miseria y de desorden, y quizá estimulado por ellos se animó a escribir algunas obras dramáticas, en que obtuvo éxitos muy lisonjeros, bastantes para haberle hecho pensar en que no todos los caminos le estaban cerrados si, a la inspiración que Dios le había concedido, unía él por su parte el estudio, la laboriosidad y una conducta honrada y decorosa.

Pero era sin duda tarde. La degradación había

hecho presa en su alma, y tras de los destellos del poeta asomaba siempre la brutalidad del beodo. Siguió escribiendo para el teatro, pero vendía sus producciones á cualquier precio, con tal de que bastase para satisfacer por el momento la sed de aguardiente que le devoraba las entrañas.

Le perdí de vista durante unos cuantos años, en que estuve alejado de Madrid; pero en los periódicos leía alguna que otra vez el juicio que merecían sus obras al público de los teatros de tercer orden, para los cuales escribía. Llegué á figurarme que encontrando en esta profesión una manera de vivir, aunque no desahogada, Benítez acabaría por entrar en cuentas consigo mismo y se haría persona decente, para merecer siquiera que se le concediese un destino, como á tantos poetas y escritores que pueblan las oficinas del Estado, donde se les da la recompensa que el público niega muchas veces al cultivador de las bellas letras.

Al volver á Madrid tropecé con él en las calles más frecuentadas. Su presencia me produjo lástima y asco. Aquello ya no era un hombre: era un feto alcoholizado que apenas conservaba más que la facultad de pedir dinero á todo el mundo. Y hasta en lo que pedía se notaba el rastro hediondo de la miseria física y moral: pedía una peseta, ó dos reales, ó un perro grande; ¡cualquier cosa! algo para seguir alcoholizando la ruin estampa de su raquítico cuerpo.

Horrorizaba la expresión de su fisonomía. Demacrada y sucia, festoneada con los costurones escrofulosos que le cubrían el cuello de oreja á oreja, encogíase constantemente al emitir la voz, produciendo gestos extraños y repugnantes. Su mirada vidriosa correspondía exactamente á la torpeza de su lengua y á la inseguridad de su paso. Lo repito: aquello no era un hombre: era un cadáver que conservaba el instinto de la vida únicamente para proporcionarse el insensato placer de la borrachera.

Y aun escribía versos, sin embargo; pero ya su inspiración estaba casi reducida á componer sonetos y quintillas pidiendo dinero á los autores y á los cómicos. Como natural consecuencia de su degradación, era objeto de la mofa y el insulto de todos, y principalmente de los acomodadores de los teatros y de los mozos de los cafés. Alguna vez le golpeaban, y el infeliz lanzaba un gruñido sordo y salía á la calle haciendo eses y protestando en frases declamatorias contra sus brutales agresores.

Daba ganas de llorar ver á aquel sér humano, de natural bondadoso y de inteligencia luminosa, peor tratado que un perro y más envilecido que un esclavo negro del golfo de Guinea. ¿Quién hubiera dicho que aquella frente había recibido el agua del bautismo y el aliento de la civilización europea? El descenso de su nivel moral había sido tan grande, que, salvo la inmortalidad de su alma, en todo lo demás estaba por bajo del orangután.

El fin de este desventurado estaba previsto. Un día los periódicos anunciaron que el conocido autor dramático D. Juan Benítez había muerto repentinamente en el portal de una calle extraviada, á consecuencia de un ataque cerebral. Alcoholismo: este era el verdadero nombre de su enfermedad.

Supongo que se le enterraría de limosna, arrojando sus huesos descarnados en la fosa común de cualquier cementerio. Un humilde jornalero que ha vivido honradamente es más afortunado en su muerte que este infeliz poeta, á quien tal vez sólo le faltó el decoro para llegar á director, consejero de Estado ó ministro.

¿Creía en algo? No lo sé. Jamás le vi entrar en la iglesia. Quizá para él la vida del tiempo y la vida de la eternidad eran la misma cosa: un barril de aguardiente.

¡Que Dios haya tenido misericordia de él, y que él sea el último de los últimos bohemios de nuestro tiempo!

VALENTÍN GÓMEZ.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO DEL PAPEL



n Europa se consumen 674.000 toneladas de papel por año para 315.000.000 de habitantes, ó sean 2 1/2 kilogramos por cabeza.

La América hace un consumo de 209.000 toneladas para 38 millones de habitantes, ó sean 5 1/2 kilogramos por habitante. Respecto á los demás países, puede calcularse que hay sólo un consumo de 16.000 toneladas para una población de 1.007 millones de almas.

Las 900.000 toneladas de papel producidas en el año á que se refieren los datos estadísticos que transcribimos, se descomponen en las siguientes clases, según su aplicación:

Papel para impresiones.....	450.000
Papel para embalar.....	200.000
Papel para escribir.....	150.000
Cartón, barajas, etc.....	100.000
	900.000

Las primeras materias empleadas en la fabricación de las novecientas mil toneladas de papel producidas en el mencionado año, provienen de:

1.000 millones de kilogramos de trapo de algodón, hilado por 100 millones de husos, y que han suministrado 250.000 toneladas de papel.

1.000 millones de kilogramos de trapo de lino y cáñamo, cuyo producto en papel ha sido de doscientas mil toneladas.

1.000 millones de kilogramos de lana producida por 218 millones de cabezas de ganado lanar, cuya lana ha producido 100 millones de kilogramos de trapo, del que á su vez se han obtenido 50.000 toneladas de papel.

200 millones de kilogramos de paja, que han dado 50.000 toneladas de papel.

200 millones de kilogramos de madera preparada mecánicamente, que han producido 100.000 kilogramos de papel; 100 millones de kilogramos de esparto abacá, agave (especie de pita), que dieron 50.000 toneladas; completándose las 900.000 con 150.000 que resultaron del empleo de 375 millones de kilogramos de productos químicos, resina, cola, cal, colores, aceites, etc.

En la referida producción se consumieron 1.500 millones de hulla; resultando que de 5.375 millones de primeras materias se obtuvieron 900 millones de kilogramos de papel.

Como complemento á los anteriores datos, consignaremos otros relativos á las principales sustancias nuevas, que además del trapo, el algodón, el cáñamo y la lana, se vienen empleando hace unos treinta años en la fabricación de papel.

En 1855 presentó Vaelter de Heidenheim los productos de las primeras máquinas para desfibrar las maderas, y los productos obtenidos se mezclaban perfectamente con la pasta de trapos. En 1867 existían ya 80 de estas máquinas, empleándose con frecuencia la madera de pino, el álamo temblón (*populus tremula*), el abeto, el álamo blanco y el tilo.

En América se desfibra la madera en grandes fábricas, por medio de procedimientos químicos, haciéndose lo mismo en Noruega; pero el precio de los productos químicos y el mucho desperdicio que resulta del tratamiento de la madera por los álcalis á alta presión, hacen que este sistema sea poco ventajoso.

La paja se emplea en abundancia para hacer papeles de embalar, y el papel amarillo y ligero llamado papel de paja. En 1861, M. Noeyer y Compañía, de Bélgica, fabricaba ya 12.000 kilogramos de pasta diariamente; desde dicha época se ha extendido mucho la fabricación de papel de paja y los procedimientos se han perfeccionado notablemente, siendo los principales adelantos alcanzados la regeneración de la sosa, el desfibrado perfecto y el lavado metódico de las pastas.

La primera pasta de paja blanqueada hasta el punto de poder utilizarse en la fabricación de papel blanco, se obtuvo en 1869 por M. Orioli de Pontcharra, que pudo ya entonces venderla á 66 francos los 100 kilogramos.

El esparto (*ligunna spartum*), que se produce espontáneamente en España y en la Argelia, se emplea también, como es sabido, para la fabricación de papel; sobre todo en Inglaterra, donde en 1871 se hacía ya un consumo de esta planta de 140.000 toneladas.

El esparto de Bengala y otra planta llamada *manilla* son plantas fibrosas de Asia y América, que se emplean para la confección de cuerdas y tejidos para embalar. En América se consumen anualmente unas 36.000 pesetas en esta primera materia para el papel. Los filamentos del esparto de Bengala están dotados de una gran finura, pueden tejerse y urdirse; pero los tejidos que se obtienen no se pueden lavar. Estos filamentos tienen también otra aplicación, que es la de servir para la confección de postizos del cabello á las señoras.

El *alfa* (*stipa tenacissima*) es una clase de esparto muy abundante en la Argelia y que se aplica también como primera materia para la fabricación del papel; sus fibras son de una gran finura, de un grueso muy uniforme y con tendencia á rizarse. La exportación de alfa en la Argelia sube anualmente de 60.000 toneladas.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Molinos harineros. — En las explotaciones rurales alejadas de grandes ciudades, es necesario emplear máquinas sencillas y de fácil reparación; la molienda de granos en la misma casa de labor puede efectuarse ventajosamente con los molinos de dos pares de piedras, construídos por los Sres. Ransomes, Sims y Jefferies, cuyos aparatos funcionan con una locomóvil que puede calentarse con paja, leña ó demás combustibles que se encuentran en las localidades rurales. El movimiento del molino resulta más regular con un motor de vapor que con los de agua ó viento, y como consecuencia de ello, el trabajo es más perfecto y la harina de mejor clase. Las condiciones que llenan esta clase de molinos con un par de muelas y trabajo que realizan, se expresa á continuación:

Diámetro de las muelas en centímetros.....	76	91	106	122
Fuerza media necesaria en caballos de vapor.....	2 1/2	3	4	5
Número de vueltas por minuto del árbol del molino.....	170	150	135	120
Grano molido por hora en litros.....	91	118	146	182
Harina fina obtenida en kilogramos.....	65	86	108	135
— superfina obtenida en kilogramos.....	40	54	68	82
Cantidad de grano molido para alimento de animales en litros.....	182	237	292	365
Harina grosera obtenida en kilogramos.....	135	176	222	276

Cola impermeable á la humedad para pegar papel sobre hierro. — Para pegar el papel sobre el hierro, se extiende una capa de ácido clorhídrico en la superficie del metal, y se aplica inmediatamente el papel cubierto de una capa de albúmina: la acción del ácido coagula á ésta, y la adherencia del papel se verifica con tanta fuerza, que la acción del agua durante muchas horas no puede destruirla.

Continentes. — La extensión continental de las cinco partes en que se considera dividido el mundo, mide los kilómetros cuadrados que se expresan á continuación:

	Kilómetros cuadrados.
Europa.....	9.778.000
Asia.....	43.300.000
África.....	29.700.000
América.....	38.000.000
Oceanía.....	11.000.000

Pasta para limpiar metales. — Tómese:

Acido oxálico.....	30 gramos.
Tierra de Trípoli.....	180 —
Aceite de almendras dulces.....	30 —

Mézclese todo ello con el agua suficiente hasta producir una pasta al grado de fluidez que se desee, guardándola después en cajas bien tapadas para que no se reseque ni se enrancie la pasta al cabo del tiempo.

El uso es muy sencillo, pues bastará extender ligeramente esta pasta sobre la superficie del objeto que se quiera pulir, y luego frotar con una piel de gamuza ó un trapo cualquiera para que resulte un brillo tanto más terso, es decir, sin arañazos, cuanto más fina sea la tierra de Trípoli empleada en la preparación de dicho ingrediente.

Investigación en los vinos de las materias colorantes derivadas de la hulla. — El *Bulletin de Pharmacie de Lyon* dice que siempre que se agiten vivamente 20 centímetros cúbicos de vino con 5 gramos de óxido pulga de plomo (bióxido de plomo) durante uno ó dos minutos, y se obtenga por filtración un líquido de color de rosa ó rojo, se puede deducir que el vino se halla coloreado con alguno de los productos nítricos y sulfo-conjugados que la brea de hulla puede dar origen y que enverdecen por el amoniaco.

Adulteración del pan. — A pesar de ser el pan un artículo de primera necesidad, es objeto de fraudes, no sólo en la cantidad, sino también en la calidad, estos últimos más punibles por cuanto pueden perjudicar la salud del consumidor. Los primeros fáciles de comprobarlos, pero respecto á los segundos, es preciso recurrir á los procedimientos de análisis químico, que no están al alcance de todas las personas, pero bueno será indicar algo sobre los primeros.

Con el pan se mezcla alumbre, sulfato de zinc, carbonato de amoníaco, carbonato y bicarbonato de potasa, carbonato de cal, de magnesia, magnesia, yeso, fécula de patata, harinas de cebada, de maíz, de judías, etc., cuya presencia se comprueba químicamente.

El pan se elabora haciendo una masa de harina, agua, levadura y algo de sal, formándose ácido carbónico que queda en la masa y la hace esponjosa con la cocción. Si ésta no es completa, el pan tiene más peso, y éste es uno de los fraudes de los tahoneros de mala fe.

Las harinas de mala calidad dan un pan de sabor y olor particulares; á los pocos días aparecen en él puntos rojizos por el desarrollo de los gérmenes microscópicos que aquéllas contuvieran.

La adición de un exceso de agua en la pasta es también un verdadero fraude, y se consigue que no se evapore haciendo cocer el pan en un horno muy caliente, para que forme pronto corteza y ésta sea un obstáculo para la evaporación en el interior del pan. Para conocer el exceso de agua se corta un pedazo de pan que contenga corteza y miga y se pesa; se seca en una estufa y se pesa nuevamente,

teniendo en cuenta que el pan bien fabricado sólo pierde un 22 por 100 de su peso; la diferencia entre el peso primitivo y el obtenido después de la desecación (descontando 22 por 100), dará el exceso de agua.

El pan mal cocido se enmohece fácilmente bajo la influencia de la humedad y del calor, cubriéndose de vegetaciones criptogámicas. El pan en este estado no debe servir para la alimentación, porque podría ser causa de enfermedades.

Entre los seres microscópicos que se desarrollan en el pan, pueden citarse los siguientes: *Mucor mu-*



EL BUEN CAZADOR. — Acuarela de Mr. Gerard.

cedo, Botrytis grisea, Oidium aureum, Penicillium glausum, Aspergillus glaucus, Rhizopus nigricans, Botrytis grisea y otros varios.

El primer telescopio. — El doctor alemán Sr. Servus, notable astrónomo de aquel adelantado país, acaba de publicar un libro titulado *Historia del telescopio*, en que demuestra la imposibilidad absoluta de averiguar quién fue el inventor del telescopio en que se funda toda la astronomía moderna, creyendo que el origen debió de ser un simple juego de muchachos, en que colocando un cristal de anteojos en un tubo, observaban el aumento natural de los objetos mirando á través del mismo, hecho que debió llamar la atención de algún físico ó óptico, creando el anteojo de larga vista, base de los telescopios que se construyeron después.

A vuelta de hipótesis y consideraciones, presenta, por fin, el citado doctor un documento auténtico en que se demuestra la existencia del primer telescopio, ó al menos del más antiguo que lo pueda justificar.

Se trata de una especie de carta firmada en 1609 por Mauricio de Nassau, por la que este soberano enviaba 900 florines á un óptico de Middelburgo, llamado Lippersheim, como recompensa de un te-

lescopio que le había regalado. De modo que dicho instrumento se debió de inventar hace poco menos de tres siglos.

Asimismo en dicha obra se demuestra evidentemente que el célebre matemático y sabio físico inglés Newton, descubrió por medio de un cálculo irrefutable, aunque basado en datos falsos, el procedimiento eficaz para corregir el acromatismo del telescopio ya conocido en su tiempo, y el de todos los anteojos en que se usen los cristales convexos.

Nuestros astrónomos debieran investigar, hasta donde fuera posible, la ciencia y los medios que para el conocimiento de las estrellas llegaron á poseer los árabes de España, que en la Edad Media rayaron á gran altura.

Catedral de Colonia. — La *Gaceta de Colonia* ha publicado una relación de los gastos hechos en la reparación y terminación de aquel grandioso monumento desde el año 1823 en que se reanudaron, después de una interrupción de más de setenta años, hasta el 1.º de Abril del presente año. La suma invertida en estos trabajos asciende á 26.500.000 pesetas, habiéndose además gastado muchos millones en objetos de culto, adorno interior del edificio, fundaciones piadosas, etc.

Clasificación de los colores por sus propiedades tóxicas ó inocentes. — 1.º GRUPO. Colores dañosos á la salud. — Oropimente, rejalgar, ioduro mercúrico, turbit mineral, arseniato de plomo, blanco de cerasa ó albayalde, litargirio, masicot, minio, amarillo de Nápoles (amoníaco de plomo), oxícloruro de plomo, arseniato de cobalto, verde gris (acetato de cobre), verde Scheele (arseniato de cobre), verde de Prusia.

2.º GRUPO. Colores menos dañosos. — Cromato de plomo (amarillo de cromo), bermellón, sulfuro de estaño (oro musivo), azul de Prusia, laca mineral (cromato de estaño), cromato de cobre, rojo púrpura, azul de Thenard, óxido de zinc, cromato de zinc, cromato bórico, oxícloruro de antimonio, sulfuro de cadmio, esmalte, azul de ultramar.

3.º GRUPO. Colores inocentes (no venenosos). — Carbonato de cal (creta), sulfato de barita, ocre rojo y amarillo, rojo de Venecia, rojo de Marte, cochinilla y carmín, pardo de manganeso, pardo de Van-Dyk, tierra sombra cruda y calcinada, tierra de Colonia ó de Cassel, jibia, negro de huesos y de humo, tinta de China, colcotar, añil.